La paciencia del agua sobre cada piedra

ALEJANDRA KAMIYA

La paciencia del agua sobre cada piedra

ALEJANDRA KAMIYA

A Kenta

SOLA

Toda la oscuridad del mundo cabe en una habitación pequeña. Porque la oscuridad no deja intersticios como dudas. No distingue entre rincones o espacios abiertos, no hay para esa boca nada demasiado ínfimo ni demasiado grande. Es de lo que no tiene medida, como Dios o el miedo.

Esa noche, Eva abrió los ojos y fue como si no lo hubiera hecho. Entonces giró, pesada, buscando el cuerpo de Antonio, esa roca cálida donde apoyarse, donde hacerse una cueva. Eva giró hacia él, pero él no estaba ahí.

Lo esperó, en un tiempo que casi no pasaba, pero Antonio no volvió.

Entonces Eva lo llamó, con voz suave, se sentó en la cama y dijo su nombre como si lo preguntara. Echó el cuerpo un poco hacia atrás y con el impulso se levantó.

Cerrándose el deshabillé con las dos manos buscó por la casa el temblor de luz que pasa como un fantasma de un ambiente a otro, la línea blanca debajo de alguna puerta, el resplandor azul del televisor en el sofá. Pero la oscuridad se repitió una y otra vez.

Antonio no estaba en el baño, ni en la cocina, ni en el escritorio.

Su ropa y sus cosas estaban como él las había dejado, en la silla y ordenadas. Esperándolo.

Tal vez algo lo había despertado, un vecino, una alarma, un grito. Cualquier cosa puede pasar en las horas vedadas a la luz.

Eva se sirvió un vaso de leche y se sentó en un banco de madera en la cocina.

En treinta y siete años, Antonio nunca había hecho algo así, salir en medio de la noche sin avisarle. “Pero los dos hacemos cosas que antes no hacíamos”, pensó Eva, y tomó la leche despacio.

Antes se habría molestado, pero el tiempo le había erosionado las puntas y la había redondeado por dentro, podía aceptar sin entender y rodar con suavidad sobre los hechos.

Volvió al cuarto e intentó leer.

“Salir a ayudar a alguien, eso sería típico de él”, pensó y cerró el libro.

Una presencia tiene un espacio limitado. La ausencia, en cambio, lo ocupa todo. Eva estaba acorralada en la espera.

Sentada en el sofá con una mano a cada lado se dejó invadir por los pensamientos que normalmente ahuyentaba, como alguien que ya no se espanta las moscas y se deja cubrir la cara por ellas. El paso del tiempo, Paloma, el dinero, la muerte.

Abrió la puerta del balcón.

La noche estaba quieta y era perfecta.

Miró el reloj del living. Si llamaba a Paloma iba a despertarla y seguramente Antonio iba a aparecer por la puerta justo en el momento en que Paloma atendiera.

Unos minutos después llamó. La voz diurna de Paloma en el contestador. Siempre se sorprendía un poco de la voz de Paloma. Cortó. Como de costumbre, Paloma iba a enterarse de todo cuando ya hubiera pasado.

“Alfonso”, pensó Eva como si lo gritara. Cerrándose el deshabillé con las dos manos bajó al primer piso del edificio. Tocó un timbre corto y esperó. Insistió.

Recordó los ladridos agudos del perro del encargado, su modo de olfatear debajo de la puerta, su jadeo. Pero eso no ocurrió.

“Lidia”, pensó después y subió al tercer piso. Una mano en la baranda, la otra levantando el deshabillé para no pisarlo. “Lidia”, repetía por dentro.

El ruido del ascensor le pareció enorme, pero el silencio se lo tragó enseguida.

Eva tocó el timbre del departamento de su amiga. “Casi no puede caminar”, pensó. Tocó de nuevo. Una vez más. Lidia no respondió.

Entonces la luz del pasillo se apagó y Eva permaneció a oscuras un momento, un tiempo breve y profundo como un cuchillo infinito que hundiéndose en la tierra pudiera acercarse al centro.

Cuando el momento pasó, Eva tocó el interruptor de la luz y miró el

pasillo, las puertas iguales y equidistantes, mudas como bocas cerradas, ciegas como ojos blancos, falsas e infranqueables como la sonrisa de un muerto. Una larga fila de puertas inútiles.

Las golpeó una a una. Primero con los nudillos. Después con los puños y con las manos abiertas. Finalmente, apoyando en ellas la frente, la mejilla, el pecho. Ni una respuesta, solo el cansancio y el silencio. Hizo lo mismo en varios pisos hasta que se vio frente a su propia puerta, igual a las demás, idéntica, pero reconocible entre todas como si fuera única.

La abrió despacio, sintió el peso del cuerpo, la ropa húmeda contra la piel.

Dijo “Antonio” por toda la casa, arrojando el nombre al aire cada vez con más fuerza, después con menos.

Se quedó quieta, como si pudiera escuchar algo en el silencio.

Antes de salir miró largamente cada cosa, pasando su mirada por todos los rincones, porque es el modo de acariciar una casa y sus objetos.

En los espejos enfrentados del ascensor se repitió mil veces, pero no se vio ni una.

Por la calle no pasaban autos. No había nadie caminando, nadie paseando el perro, nadie volviendo de madrugada ni saliendo temprano a trabajar.

Caminó hasta la avenida.

Los semáforos cambiaban de colores, solos. “Locos”, pensó, “parecen locos”.

Dejó de andar por la vereda y se paró en medio de la avenida muerta. Escuchó el ruido interno del semáforo que estaba junto a ella, un acoplarse de dos piezas, clac, y un sonido largo, como si algo se deslizara, sssss, y el acople de nuevo.

“Antonio”, dijo Eva. “Paloma, Lidia, Pablo, Ana, Jorge...”, a cada paso le dio un nombre o a cada nombre un paso, para poder avanzar en medio de aquello.

Todo se había vaciado.

Pianos cerrados para siempre, triciclos quietos, espejos vacíos, escaleras sin sentido, mesas a las que nadie se iba a sentar, palabras que habían soltado lo que nombran y se alejaban como globos para diluirse en el silencio. Ya no importaban ni la tinta de las lapiceras ni el filo de los cuchillos. Todo estaba vacío.

Todo vacío y Eva comprendiéndolo.

Pero no los árboles, los árboles estaban llenos de sí mismos. “Siempre quedan los árboles”, dijo Eva y escuchó su voz al decirlo.

El parque estaba lejos y Eva no tenía más fuerzas.

Buscó la luna en el cielo. La usó para avanzar, como si la hubiera enlazado y se dejara arrastrar aferrada al lazo. Caminó despacio mirándola fijo. Dándoles nombre a los pasos. Agradeciéndoles a sus huesos.

Esperó el miedo, el gran miedo, pero lo que le vino fue un miedo manso que es como decir un tiburón manso o un tigre manso, porque el miedo cuando viene tiene que venir a comerle a uno el corazón.

Al llegar no eligió los bancos, sino la tierra bajo una lambertiana.

Apoyó una mano en el tronco y se dejó caer de costado. El deshabillé se le abrió y no se lo cerró. La mejilla buscó la corteza.

El cielo estaba empalideciendo como si hubiera enfermado y Eva sintió que el sol salía en vano, que no amanecía del todo si no había pájaros.

Los pensamientos que antes la habían ocupado habían desaparecido, caídos como moscas muertas al piso. Solo uno continuaba en vuelo produciendo un zumbido.

Eva dejó caer los párpados y solo entonces vio caras. Las últimas caras.

EL MONO

Es la hora en que el sol inunda la galería y ya terminamos las tareas. Entonces nos sentamos.

Él sube los pies a la silla, igual que yo. Somos parecidos. Pero sus dedos negros agarran el borde del asiento y los míos son cortos, no agarran nada.

La línea de su espalda no se interrumpe, como la mía, en la cintura o el cuello. Como si yo estuviera hecha de partes y él fuera un todo.

Adelanta la cara como si la metiera en la luz blanca del sol. Cierra los ojos y ahí se queda. La mandíbula inferior sobresale apenas y los pelos cortos del mentón parecen blancos. Su cara brilla negra. La mano cuelga larga del apoyabrazos. La mía se ve pálida y débil. Sus manos y sus pies son casi idénticos.

Me gusta mirarlo, es como si siempre descubriera algo. De él o de mí.

Adelanto la cara para meterla en el sol. Cierro los ojos y ahí me quedo.

El día que se está yendo ha sido bueno. Hicimos muchas cosas, que parecen irse también detrás de las paredes del jardín y de los techos ajenos. Acá quedan el cansancio, la quietud y el silencio.

Cuando del sol no queda nada, entramos a la casa.

A esta hora él ya no salta, se mueve apoyando los nudillos en el suelo y balanceándose, aunque menos que antes.

Preparo la comida y él me ayuda, a su modo. Si ve que lavo papas, toma una y la pone debajo del chorro de agua y la frota. Cuando no llego a los estantes de arriba, él se estira o trepa y me alcanza lo que necesito.

Ayer buscaba una bandeja que está arriba. Él subió a la mesada, abrió la puerta de la alacena y se quedó mirando algo que yo desde abajo no veía. Dije su nombre y le toqué un pie. Pero estaba muy entretenido. Entonces busqué el banco de madera y subí también a la mesada.

Unos cubos de vidrio, eso era. Unos cubos de vidrio con un hueco en

el medio para poner una vela. Él estiraba un dedo y los tocaba con la punta y se asustaba, o fingía hacerlo. Cuando le ofrecí uno me miró, lo agarró y saltó al piso donde siguió estudiándolo. El cubo de vidrio está ahora en la caja en la que él guarda sus cosas.

Comemos en la cocina. Él conoce su plato y siempre le gusta lo que le sirvo. Adora las frutas, todas. A veces las mira antes de comerlas, otras veces se tapa la boca con la mano mientras mastica, como si la comida fuera a escapar o a caerse. En invierno hago guisos. Él puede usar la cuchara con cualquiera de las dos manos.

Se ha quedado dormido en la mesa, con la cabeza cerca de las rodillas y la boca entreabierta.

Hoy cargó leña y después subió al árbol del fondo para ver al gato del vecino. A veces juegan y su cuerpo enorme y negro se mueve con más delicadeza que el del hermoso gatito dorado.

Lavo los platos y los vasos.

“Vamos”, le digo cuando termino.

Se rasca un costado y baja los pies del asiento. Camina estirando menos las patas: parece más pequeño. Me muestra su mano para que yo la tome: parece un niño, él, que es casi viejo.

Después de lavarme y cambiarme no lo veo.

La hamaca hecha con una sábana está vacía en el rincón. Debe haber elegido otro lugar. A veces se esconde.

Yo también estoy cansada, pienso. Dónde estará, sigo pensando mientras caigo en el sueño.

Duermo hasta que algo raspa el silencio.

Puedo oírlo respirar: él está junto a mi cama.

Sé que no debo moverme.

No puedo verlo, pero sé de memoria la curva de su espalda, sus brazos que cuelgan. Ahora arrastra los pies como si le pesaran. Sé lo que no veo. Sube a la cama. Sé que no debo hablarle.

Está sentado en la punta, junto a mis pies.

Es como si los dos esperáramos y lo que estuviera por ocurrir fuera

inevitable. Sí, esperamos. Me quedo muy quieta: tal vez no ocurra. Hasta el miedo espera, agazapado.

Entonces de repente él da un salto al medio y la cama absorbe el golpe, él da otro y cae al piso con fuerza y la madera suena y son como tambores y mi cuerpo se ha acurrucado y tiembla. Él salta del mueble alto al escritorio y las cosas caen y yo intento saber qué es lo que ha caído y la puerta del mueble se abre y sus brazos golpean la pared, el piso, las cosas que vuelan o han caído, y entonces da un grito como quien lanza un cuchillo. Yo voy hacia su sombra, salto como él, pero soy torpe. Estiro los brazos como si pudiera correr la oscuridad, como si fuera un velo. Voy detrás de él y hacemos círculos en los que él va detrás de mí o ya no importa porque los dos corremos y nos golpeamos al caer y nos levantamos para seguir corriendo en la noche que gira. Y él lanza al aire un aullido y yo solo tengo palabras y las palabras no sirven, pero grito. Él estira las patas y se hace enorme. Puedo ver sus bordes. Levanta los brazos y los sacude y vuelve a empezar de la cama al mueble y de ahí al escritorio como si fueran islas sobre un río de cosas rotas. Yo lo sigo o lo persigo y quiero atraparlo o escapar o no sé porque ya nos ha enredado enloquecida la noche, y saltamos y corremos hasta que ya no puedo y en un rincón en el que caigo como en un pozo me quedo muy quieta. Tengo sabor a sangre en la boca. De costado veo la cortina en el suelo. Y entonces él viene a mí como vienen los tornados, siento el golpe y la caída. De nuevo, pero esta vez no puedo moverme y tengo miedo y el miedo no es más que ver la muerte, pero sin poder ponerle nombre. Ya nada tiene nombre porque los nombres se han desprendido de las cosas y las muerden. Silencio.

Me despierto en el corazón blanco de mi cama. Una línea de luz entre las cortinas anuncia algo. Las cortinas…, pienso. Escucho un pájaro. Canta.

“¿Dónde estás?”, pregunto. Ante esta pregunta él siempre responde apareciendo.

Entonces veo: en el cuarto hay, como si fuera Dios, un orden impecable. Él juntó cada cosa, reparó las que pudo, tiró lo que ya no sirve. Curó los arañazos de la pared y la madera, limpió los rastros de la noche. La borró hasta en el más sutil de sus detalles. Las cosas han vuelto a su lugar como vuelve todo a donde pertenece. La prolijidad y el esmero dicen que aquí no ha pasado nada. En mi mesa de luz hay un vaso con agua.

Hay simetría entre su fuerza para destruir y su fuerza para reparar, hay simetría entre el dios furioso de la oscuridad y esta armonía que dice minuciosamente que no es verdad la noche. Hay simetría, y la simetría se parece a la justicia.

Me mira, manso, sentado junto a la puerta. Los brazos cruzados, las manos enormes, quietas, colgando.

Sonrío.

El día será bueno.

La mañana es espléndida.

LA PREGUNTA DE RAWSON

Lo que diferencia a los seres humanos de los animales es la conciencia de muerte. Los animales no la tienen.

GRACIELA PISANO

Hay un ritmo en todo lo que ocurre. Una S larga de la brisa entre las ramas acompaña a las voces de los niños y al silbido intermitente de una hamaca, y ahora pasa una bicicleta sobre el camino rojo de grava, y no es solo un ritmo, es una especie de acuerdo entre cada parte con el todo de la plaza. Y en ese manso acuerdo, Oso, el perro viejo, duerme. Le tiemblan apenas las mejillas y luego se le hunden. Se hunden y tiemblan, se hunden de nuevo y de nuevo tiemblan, y el viento en las ramas y los niños y la hamaca.

Los otros perros se mueven: andan, corren, saltan.

A las cinco de la tarde la chica los llama, les pone las correas, despierta a Oso con la mano. “Arriba, viejo”, dice, y el perro estira las patas, se levanta.

Van cuatro atados, Sasha y Papu siempre adelante, Oso atrás, y Rawson a su lado. Pina va suelta y es como una luna, girando alrededor y casi en el aire.

Sasha es blanco, de pelo largo y se ve casi idéntico a otros perros de la plaza.

Papu, en cambio, no se parece a ninguno: tiene orejas puntiagudas que se alzan a pesar de ser largas, el pelo corto y de un negro debajo del cual hay una sombra atigrada, como si lo hubieran pintado dos veces, una capa sobre otra capa, y es de una ligera desproporción de lo que está hecha su elegancia.

Rawson pasó la tarde mirando los movimientos de la plaza. Vio cómo Sasha se metía debajo de Papu, y Papu doblaba las patas y aplastaba a Sasha, que se deslizaba hacia atrás y abría la boca como si fuera a morder. Pero la dejó abierta y el gesto terminó pareciéndose a una sonrisa humana. Mirándolos, Rawson sintió que podía anticipar cada acción de ellos aunque más no fuera de una manera mínima.

Hacen un alto en el camino de regreso, junto a un árbol, y mientras los demás olfatean la tierra y las raíces, Rawson le dice a Oso lo que estuvo pensando.

—Usted dijo el otro día —dice Rawson— que haremos una y otra vez lo mismo.

Oso asiente con esa lentitud de los perros pesados, y responde:

—Seguimos haciendo lo que siempre hemos hecho.

Marcan el árbol, la chica los espera mirando el teléfono. Papu se acerca como si fuera a ver qué pasa y también marca el árbol. Pina va y viene.

Al llegar a la casa de Oso, la chica toca el timbre, la otra chica viene por el camino de piedras, abre la reja y el perro entra. Antes de llegar a la puerta de madera se da vuelta y le dice a Rawson:

—Repetición, eso es todo.

Rawson no sabe si lo que le da tristeza es la idea de una repetición eterna o el modo en el que Oso se refiere a ella.

Al día siguiente, camino a la casa de Oso, Rawson mira a Sasha y a Papu pelear y sabe que cuando lleguen a la plaza van a jugar, porque pelear y jugar son las dos formas que tienen de estar enredados. Sigue mirándolos y se pregunta si son lo opuesto uno del otro o, en el fondo, iguales. Después apura el paso para llegar a la casa de Oso. Ahora van los cuatro adelante. Los tres tirando, Pina, desatada.

Las chicas se saludan, Oso sale, Rawson mueve la cola.

El tramo hasta la plaza lo hacen siempre más despacio. Todos olfatean el árbol marcado, vuelven a marcarlo.

—Sí —dice Rawson—, no hacemos más que repetirnos. Lo que hacemos repite lo que hicieron otros perros, tal vez, todos.

Oso asiente y cuando llegan a la plaza dice en una voz muy baja y grave:

—Como si estuviéramos hechos de memorias, o tal vez de una memoria única que las abarca a todas.

Después se deja caer en su lugar favorito, bajo una acacia.

Rawson se echa junto a su amigo y mira a su alrededor, olfatea el aire. Siente a los otros perros, a los humanos, los insectos cerca de sus patas y los pájaros.

Oso se entrega a su siesta de siempre y Rawson lo acompaña, aunque no duerme.

Llegan las cinco, como cada tarde, y la chica despierta a Oso con la mano, ata a todos y dejan la plaza. Pina da saltitos alrededor de la chica, se para en dos patas.

Rawson camina rastreando pero ligeramente distraído, sin que el hocico toque el piso. Piensa en todas las veces que ha hecho ese camino y que mañana va a hacerlo de nuevo, y que lo importante, los olores, no se repite. Que a veces él busca un rastro, un celo, y cuando lo busca es cuando no lo encuentra.

Oso ya ha entrado a su casa.

Al día siguiente, mientras las chicas conversan y se ríen en la puerta de rejas, Rawson le dice a Oso que tal vez el modo de salir de la repetición sea justamente intentar buscarla.

Oso se entusiasma, alza las orejas y dice:

—Sería un buen modo, es verdad.

Rawson mueve la cola y repite:

—Si intentamos repetir algo de un modo exacto, va a salir otra cosa: siempre pasa.

La chica enrolla las correas en su muñeca y dice “Vamos”. Hay hojas amarillas en la vereda camino a la plaza.

Oso se echa bajo la acacia. Rawson, a su lado. Papu y Sasha juegan a pelearse.

Rawson mira las cejas encanecidas de Oso, la parte de arriba del hocico, también blanca.

Antes de dormir, pero ya con los ojos cerrados, Oso dice:

—Pero si intentamos repetirnos siempre, quiero decir si decidimos hacerlo, es porque podríamos no hacerlo.

Rawson mira a Oso, va a decirle algo, pero Oso ya se ha dormido y

ronca suavemente.

Vino la mujer de la bolsa. Arroja migas de pan y las palomas se juntan alrededor de ella. Papu siempre corre y les ladra y la mujer se molesta, y Sasha imita a Papu y las palomas levantan vuelo, pero vuelven a bajar. A veces Rawson se suma, pero hoy no. La mujer de la bolsa está furiosa con los perros, la chica toma a Papu del collar y lo reta. Sasha baja la cabeza y mira de costado.

Oso despierta y, después de bostezar, dice:

—La idea de la repetición es horrible, pero es la otra la que me da temor: la de algo que no tiene fin.

Rawson imagina un camino que no llega a la plaza, un patio sin puerta.

Después mira a Oso: se ve cansado y tiene el rabo metido entre las patas. Entonces Rawson dice:

—No tenga miedo, amigo, debe haber una solución a esa especie de encierro.

Oso ya está dormido. Rawson apoya la cabeza entre sus patas delanteras y suspira.

Papu muestra los dientes y mira de reojo a Sasha, que finge morderlo. Repiten la escena invirtiendo los papeles. La chica los separa, como siempre. Agarra una rama y la tira. Los dos perros corren a buscarla.

Rawson sabe lo que va a ocurrir y de repente piensa que eso es bueno. Levanta la cabeza, reconoce los olores, sabe que los árboles van a perder sus hojas y ya no va a haber cotorras sino otros pájaros.

Cuando regresan marcan el árbol de siempre y dan vueltas a su alrededor. Pina salta.

La chica de la casa de Oso abre la puerta y conversa con la de los perros. Oso saluda a Rawson y entra solo a la casa.

Cuando la chica cierra la puerta de hierro, Rawson sigue mirando entre las rejas la otra puerta cerrada. La chica tira de la correa y lo llama.

Al otro día Oso está un poco más animado. Es él quien inicia la conversación camino a la plaza.

—He estado pensando —dice— en lo del encierro. Tal vez este cansancio sea una forma de alivio. Quiero decir, si no me muevo, no siento el encierro. Y usted ha visto: cada vez me muevo menos.

Rawson se detiene y lo mira, Oso continúa:

—Esta pátina blanca que no me deja ver, tal vez sea buena.

Rawson sigue quieto mirando a su amigo.

La chica tironea de las correas y dice “Vamos”.

—Este peso que siento todo el tiempo es para que me vaya quedando cada vez más quieto.

Rawson piensa que eso no puede ser la solución al encierro, que lo que Oso está diciendo parece aún más una forma de encierro. Mira hacia un lado y hacia otro, como intuyendo un peligro. Levanta las orejas.

La chica mira a Oso y deja de tirar, los espera, mira el teléfono.

Cuando llegan a la plaza, Rawson dice:

—No se preocupe, debe haber una solución, debe haberla.

Duermen echados uno contra el otro. Ya empieza a hacer frío y juntos lo sienten menos.

A veces los ronquidos de Oso despiertan al otro, pero los pájaros y los niños vuelven a empujarlo al sueño calmo de los perros.

A las cinco, la chica llama a Pina y despierta a Oso con la mano. En el camino ni Rawson ni Oso hablan. Marcan el árbol. En la puerta, las chicas charlan, ellos se miran, se huelen. Oso entra solo, no se da vuelta en el camino de piedras, no dice nada. Rawson lo mira entrar a la casa y mira la puerta cerrarse.

Al día siguiente, la chica no abre la reja y le dice a la de los perros que la señora lloró mucho. No se ríen, no se muestran los teléfonos.

Oso no sale. Rawson salta contra la reja y tironea cuando la chica dice “Vamos”.

Oso no sale.

En la plaza, Rawson se echa bajo la acacia. Mira los árboles, los

insectos, los pájaros, los otros perros y los humanos. Tiene frío y se acurruca, se enrolla sobre sí mismo. El frío no pasa. El ruido de la plaza no lo empuja al sueño, lo deja de este lado, solo.

Después de un rato se da cuenta: Oso ha encontrado la solución, la solución a eso que lo encerraba.

LA GARZA

Leiva

Cuando terminó de hablar, el doctor Corradini levantó una mano para tocarle el hombro a Leiva pero llegó tarde. Leiva levantó antes la suya para estrechársela al doctor, que lo miró a los ojos. Y ahí sí se encontraron y se dijeron sin palabras lo que tenían que decir. Poco y duro. Leiva no se llevó los sobres con los estudios. Dejó los sobres y también el sombrero de fieltro que parecía inseparable de él. Tampoco saludó a la secretaria del doctor ni a nadie con quien se cruzó al atravesar el pueblo.

Corradini se acercó a la ventana cuando Leiva se fue, y por primera vez pudo reírse del incidente por el cual había dejado de atenderlo hasta hacía unos meses.

Leiva, con su bota de yeso, la que el doctor le había armado cuando se cayó del techo, y la mujer de Corradini, con sus pequeños perros a cuestas, habían tenido la desgracia de coincidir en el consultorio y todo había terminado con uno de los perros en el aire y luego enyesado, como si Leiva en la patada le hubiera contagiado el yeso.

Leiva no se acordaba de aquello, ni de ninguno de los eventos que para el resto del pueblo eran sus anécdotas, como el cachetazo al loro de la despensa, y las distintas formas de indiferencia que Leiva había practicado con los vecinos del pueblo, excepto con Jáuregui, a quien Leiva detestaba con un ahínco que se parecía al afecto.

Pero hasta de Jáuregui se había olvidado Leiva aquella tarde.

Se sentó en la galería de la casa y allí se quedó. Mirando el campo, pero viendo las paredes de machimbre de la escuela, su vieja maestra, y el pelo negro de la hija de la casera de San Ceferino, en el banco de adelante. Él podía olerla. Olía a flores, pero no rosas o lavandas. Flores que hacían que a Leiva le gustaran de repente las flores. Ella movía los dedos y la boca de un modo diferente. Y cuando creció, todo empeoró.

A los quince ya no había nada que Renata Arce hiciera como las demás. No había remedio. Todo en el cuerpo de Renata Arce era una condena para Leiva, que ya no pudo escaparse a ninguna otra mujer. Al principio intentó, como los presos que trepan los muros y caen. Luego ni eso. Sobre todo después de ver a Renata Arce pasearse con el señorito de la estancia, el escritor.

Leiva se volvió entonces hacia el campo, con el que se entendía mejor que con las mujeres y la gente, y el campo le fue fiel y le devolvió con creces lo que Leiva le dio.

Pero ni así se libró de Renata Arce, que como algunas plantas cuanto más intentaba Leiva cortarla, más crecía, y como una enredadera lo iba cubriendo por dentro y por fuera. Con veneno y en silencio. Porque no se puede llamar más que veneno, pensaba Leiva, a algo que enferma así al hombre desde las vísceras.

Hasta que una noche, después de varias cañas, se animó.

A caballo fue Leiva hasta San Ceferino, sin ensillar, así, borracho y a pelo.

Como si lo estuviera esperando, encontró al señorito sentado en la galería. Lo invitó un whisky y Leiva no tuvo mejor idea que aceptar y echar sobre el fuego de las cañas un poco de whisky escocés.

El señorito hablaba como si no pasara nada y Leiva lo veía hablar, y veía el atizador, y la botella de vidrio grueso, y el cuchillo que el señorito usaba para cortar el queso y el pan. Veía todo como si brillara pero no oía, como si los oídos se le hubieran vuelto hacia dentro y nada pudiera entrar. No escuchaba al señorito ni se escuchó a sí mismo cuando se levantó, abrió un poco las piernas y como si escupiera, habló.

No recordaba lo que dijo, las palabras salieron solas y fueron demasiadas para guardar en la memoria. Lo importante fue que no se cayó a pesar de la borrachera, que le mantuvo siempre la mirada al señorito y lo llamó señorito en lugar de llamarlo por el apellido, y que cuando terminó sintió eso: que había terminado. No sabía qué, pero había terminado al fin.

El alivio le duró a Leiva varios meses.

Hasta que volvió ese día de lo del doctor Corradini y la chatura de la pampa le pareció una forma de silencio, o mejor dicho, la otra cara del silencio que él nunca había visto. Hasta los pájaros hablaban en otro idioma y entre ellos.

Leiva, sentado afuera, permanecía inmóvil, y todo se mecía en la espera.

Al tercer día se levantó y fue directo a San Ceferino. Ni llamó a la puerta, recorrió la casa como si la conociera. Encontró a Renata en la

cocina. El pelo negro, los ojos chinos, la fragilidad de algunas flores.

Leiva habló de pie frente a la mujer que, sentada, miraba el piso.

Leiva soltó su pregunta, tan pensada y sin embargo tan corta. Con las manos juntas, extrañando el sombrero perdido, le preguntó a Renata Arce qué era lo que ella quería. Solo eso. "¿Qué querés, Renata? Decime".

Ella levantó la vista y miró por la ventana. Tal vez para entonces ya estaba loca como dicen que se volvió. "Estar con las garzas", fue la respuesta.

Los días que siguieron, Leiva se dedicó a caminar en su monte de eucaliptos, tocó los árboles con toda la palma y los miró de arriba abajo lentamente. "Una buena referencia para medirse", pensó. Una montaña, el mar, son comparables a Dios, un animal, tampoco sirve. Pero un árbol, esos que estaban desde antes de que sus abuelos llegaran, o estos otros que Leiva talaba y volvía a plantar para vender eran una vara perfecta para medir una vida. Los árboles, que no fingen, no engañan, que están atados a su tierra, que no cazan ni caen presa, se parecían más a Leiva.

A los pocos días él y siete hombres más cortaron los árboles marcados, los limpiaron y los dejaron frente a la casa. Leiva los miraba como miran otras personas a un hijo.

Y lo que hizo con esos troncos blancos fue lo más ridículo que alguien hubiera hecho en ese pueblo: en la peor parte del bajo, donde uno no puede andar sin hundirse hasta las rodillas, justo ahí, clavó profundo cinco pilares. En el lado contrario a la estancia, tal vez el que más se anegaba. Leiva andaba de aquí para allá con unos planos de un sistema de poleas que él mismo había dibujado y tal vez inventado para llegar profundo en la tierra con los pilares. Para llegar a la seguridad que no dan el agua ni el barro.

Sobre los pilares hizo una plataforma de madera y, sobre ella, una casa. Una casa blanca a la que sorpresivamente se fue a vivir y que se le llenó de garzas. Todos en el pueblo creían que se trataba de una especie de maldición. Las garzas caminaban por el borde de la plataforma, rodeando la casa, trepaban al techo, espiaban por las ventanas. Algunos dijeron que el viejo, en su último delirio, las alimentaba y las criaba. Pero nadie lo creyó posible tratándose de Leiva.

Lo que es cierto es que la casa parecía estar viva, envuelta en el

movimiento blanco de las alas enormes que se cerraban y se abrían, como un montón de ángeles que juegan. El reflejo en el agua duplicaba la altura de los postes que la sostenían, y la casa parecía suspendida en el aire. Para muchos era lo más bello que habían visto hasta entonces.

Al poco tiempo Leiva empeoró y Corradini se ocupó de internarlo y de que no sufriera.

En el funeral Renata Arce estuvo sola. Leiva sonreía.

Para ese entonces, el último de los dueños de San Ceferino se había suicidado con el rifle de su padre y la estancia estaba en venta.

Renata, con dos abrigos superpuestos y una sola valija, se mudó a la que ya todos llamaban “La casa de las garzas”.

Renata

Cuando se echa a rodar una espera y no se topa con aquello que ansía, la espera sigue su camino: cuesta abajo se acelera, cuesta arriba a veces muere, copia la forma del terreno que no es otro que la vida, y si la vida es completamente lisa, la espera continúa por siempre como una rueda que gira sola en el vacío.

Ocurre además que aunque sea larga es solamente una y no muchas la espera, y es por eso tal vez que no parece un exceso aunque dure una vida. La espera, de hecho, le hacía compañía a Renata. Más parecida a un gato que a un perro, la espera quieta y silenciosa, la miraba a Renata hacer esto y aquello el día entero. Los días enteros, los años, que pasaban por el camino de tierra del otro lado de la tranquera, como si no se animaran a acercarse a la casa ni a Renata. Nadie venía ya a ese lugar en el que había habido tanta gente, comidas de mesas largas y sogas de ropa tendida con colores de fiesta.

Y como el silencio que viene después de las fiestas, así era el silencio en el casco de San Ceferino, con ruidos pequeños: el crujir de la cama de Renata cuando se levantaba, el gallo, el agua hirviendo en el fuego, los pájaros, el peine que apoyaba Renata en la cómoda después de atarse el pelo, el mate siempre, a veces el viento. En verano, las chicharras. Después, durante el día, el ruido de la escoba, de los cubiertos, de las tijeras, del agua corriendo. Algunas noches, los perros, los de la casa en contrapunto con los perros que estaban lejos y tal vez ni existían.

Ya casi no se acordaba Renata de la espera y la espera misma casi no se acordaba de Augusto. El señor Augusto, ahora. Porque cuando eran niños Renata podía decirle Augusto y después le había dicho Amor, el verano aquel.

Renata y la espera, y la casa también, vivían para el hombre que nunca venía. Día tras día, una y otra vez, Augusto no venía.

Renata miraba siempre por las ventanas y abría bien las puertas. Miraba el sol llegar por un lado e irse por el otro, miraba las garzas que venían al bañado a hacerle compañía. Había una que Renata había visto crecer. Tenía un collar más bajo y oscuro y un modo de moverse que la hacía especial. Renata la esperaba siempre y la garza parecía saberlo: era la única que se acercaba a la casa. Renata

comenzó a dejarle pedacitos de pescado, y cuando la garza los comía era Renata la que se sentía satisfecha. Cuando la garza no venía, Renata se llenaba de tristeza. Los días pasaban como trenzándose entre Renata, la garza y la espera, hasta que una noche llegó Augusto, de repente. La espera se esfumó y Renata ni se dio cuenta, tan atareada estaba latiéndole el corazón con fuerza todo el tiempo.

Preparó pan casero, molió café, sirvió las mermeladas que había hecho en el verano con ciruelas y duraznos del jardín, sellando los frascos con agua hirviendo. Puso el mantel azul y hortensias. Augusto le dijo que nunca lo habían tratado así.

El segundo día Augusto no desayunó. Al tercero, se había ido, sin decir nada, como nunca había dicho. Renata entendió cada palabra no dicha como no hubiese entendido nunca palabras de las otras. Cada día, cada detalle cosido a un recuerdo, todo había sido en vano.

Al cuarto día recordó a su garza: recuperó la espera.

Augusto

La pampa plana y solo, muy solo, un ombú. Y como las cosas suelen explicarse unas a otras, el ombú se tornaba, por momentos, inexplicable, tan solo en la tarea de justificar el paisaje. Así había pensado siempre su vida Augusto: una vida desierta salvo por un libro, un libro furioso que había escrito hacía casi treinta años. Así la había pensado él, quieta como ese paisaje, hasta que su vida pareció ponerse en movimiento y adquirir de repente perspectiva: aquel libro único se reveló entonces lejano y de tan lejano, ajeno. Él no era un joven furioso, ni siquiera creía en las palabras del joven que había sido. La distancia había empequeñecido al ombú y la ausencia de otras obras se había esparcido por todos lados, imponiéndose como hace el vacío con quien mira la pampa. Después de aquel libro, Augusto había descubierto que el suyo no era ni el único, ni el más grande, ni el primer dolor, que las mujeres les rompen a los hombres el corazón, y que el acierto había sido creer en algo que no era verdad. “Algo en qué creer”, pensó. Augusto no tenía mujer, ni familia, ni dios.

Partió por la mañana, sin más equipaje que los cuadernos. Después de haber manejado varias horas, llegó a la casa de campo demasiado cansado para nada que no fuera tomar algo y echarse a dormir.

En su primer libro había intentado dibujar fotograma a fotograma su propia destrucción, la que finalmente no había sido tal sino una especie de resurrección. Y no hay magia más grande que una resurrección. ¿Qué queda por hacer después de algo capaz de quitarle protagonismo a la muerte? ¿Qué escribir después de haber escrito el secreto de una resurrección? No tenía ideas acerca de lo que iba a escribir. Solo debía hacer de nuevo lo que ya había hecho una vez: convertirse en puerta, dejarse abrir, pasar y ser palabra al fin.

Despertar allí y que le resultara más familiar que su propia casa, fue cálido, y ver a Renata, a pesar de que estaba avejentada, lo hizo sentir bien. Todo en la casa estaba igual, hasta las flores en los floreros. No lo habría sorprendido ver a su madre salir de la habitación principal, echándose el pelo hacia atrás, y sonriendo.

Augusto fue al comedor. El desayuno de hacía veinte años seguía servido en la mesa. El pan estaba fresco, el café caliente. Había dibujos de vapor flotando sobre la mesa. Lo único que había cambiado era Renata. Tenía las manos tomadas por detrás. Sí, había envejecido.

“Hace mucho que nadie me trata así”, dijo Augusto, y ella sonrió.

En la habitación de atrás, el escritorio estaba contra la ventana. Los postigos abiertos. Afuera, casi adentro, el campo. Una ola de recuerdos que como cualquier ola fue achicándose y finalmente se desvaneció. Augusto miró el paisaje quieto. Tierra baja, siempre inundada y cubierta de juncos y totoras. “Tan bella como inútil”, había dicho el padre. Y Augusto había temido que hablara de la madre y no solo de la tierra. Pero no había dicho nada.

Abrió un cuaderno, y se echó hacia atrás. De nuevo, el chirriar de la silla, el ruido del padre, el chirriar de la silla al girar cuando todos se habían ido a dormir. “¿Qué hace?”, le había preguntado a su madre. Nunca se habría atrevido a preguntárselo a él. No era sobre eso que iba a escribir. Suspiró y miró su vida. Ningún recuerdo nítido. Volvió a mirarla, como una película muda una y otra vez, pero nada ocurrió. La vida plana, pampa. Apoyó la cabeza sobre una mano y estiró el otro brazo sobre el escritorio. Buscaba por dentro como quien recorre una casa vacía. El ruido hueco de sus propios pasos, la ausencia de otra voz. Eso era todo. Los recuerdos son inútiles, pensó. Como si hubiera salido de la casa vacía a andar sobre un basural, restos de cosas que habían sido era lo que cubría todo hasta donde él podía ver.

Y entonces, por la ventana frente a él, la vio: una garza. Solían ir al bajo, pero nunca tan cerca de la casa. Esta tenía un collar negro casi a la altura del pecho. Como detenida en el aire, echó el cuello y la cabeza ligeramente hacia atrás, adelantó el cuerpo y las larguísimas patas y las hundió en el agua con suavidad. Plegó un ala y luego la otra y se quedó inmóvil, como un dibujo de dos trazos de pincel. Y cuando Augusto intentó buscar una palabra para lo que sentía, la primera que se le apareció fue “amor”. Corrigiéndose, pensó que se trataba de una especie de reconciliación, y finalmente optó por llamar a aquello “belleza”, a secas. Lo que había ocurrido frente a él, o tal vez, dentro de él, era un acto de belleza. Y como la belleza despierta el deseo de capturarla, aunque fueron solo sus manos, Augusto se abalanzó sobre el cuaderno a escribir. La garza pareció estar de acuerdo: no se movió.

Cuando el cielo estuvo rosa, repetido el rosa en el bañado, y una luna tímida mostró su cara, Augusto se echó hacia atrás en la silla y dejó el lápiz sobre el escritorio.

Esa noche se sentó en la galería y pensó que la garza estaría dormida. “¿Cómo duerme una garza?”, pensó. “¿Se acurruca? ¿Se junta con otras garzas o se redondea sola en el nido?”.

Oyó un caballo acercarse y cuando se bajó vio que era Leiva, el de la maderera.

Parecía muy tenso y Augusto le ofreció un whisky antes de preguntarle qué lo traía a San Ceferino. Tenso todavía, a pesar del whisky, Leiva lo desafió a adivinar a qué había venido. Augusto dijo que solo sabía a qué había venido él mismo.

Entonces Leiva se puso de pie y habló como si hubiera entrado en erupción. Aquel hombre que Augusto creía de pocas palabras e ideas, le habló de coraje, de hombría, de lo que sirve y lo que no, de cómo y por qué se capa a un toro, de que la nobleza de la madera se ve en la talla, de los claveles del aire y las cuscutas y otras plantas parásitas, de que en la naturaleza hay leyes y si hay leyes, dijo, hay delitos y debería haber penas.

Augusto no respondió o no necesitó hacerlo porque Leiva se fue, pero esa noche no pudo dormir. Él era un hombre que escribe. Esa era su función. “Soy un hombre que escribe”, repetía. La garza escrita era la prueba. Soy un hombre que escribe. Pensando esto se durmió.

Al día siguiente vio de lejos a Renata junto al desayuno y fue directo a sus cuadernos. Leyó de pie, sin levantar los cuadernos del escritorio, y solo después de leer se dejó caer en el sillón. “¿Como un dibujo de dos trazos de pincel?”. Basura. La garza no estaba ahí, no estaba su belleza, su modo de mover las alas como si en lugar de estar en el aire estuviera en el agua, su modo inmóvil tan parecido a un secreto. No había en las palabras nada de la garza.

Entonces miró por la ventana y la vio. La garza estaba allí, bellísima, ofreciéndose de nuevo.

Augusto la miró en silencio un tiempo quieto. Con la cabeza entre las manos, la miró hasta que ya no necesitó mirarla para verla. Escribió un párrafo que borró, y otro, y borró de nuevo. Sentado en la silla de madera de su padre vio frente a él el cambio de colores del cielo, del celeste luminoso con nubes todas diferentes a una mezcla enloquecida de anaranjado y violeta y azules oscuros y extraños. Vio a la garza levantar vuelo sin dejar tras de sí nada, llevándose consigo la posibilidad de la belleza, de lo que es verdad y por eso es bueno.

Esa noche no cenó. Después de todo, había tenido algo en qué creer, la posibilidad de escribir, y bastó un intento como un disparo para hacerla desaparecer. La posibilidad con la que Augusto había vivido y dormido treinta años. Aquello con lo que uno vive y sobre lo que va

apoyando sin saber las horas se vuelve a la larga y en silencio una forma de fe.

Dio vueltas en la cama y se levantó antes que Renata y el sol. Buscó en el armero y cargó el rifle inglés. “Este no falla”, le había dicho el padre. Recordaba cómo hacerlo. Los recuerdos se habían vuelto útiles.

Ella llegó puntual. Se detuvo en el aire, elegante acomodó el cuerpo, replegó un ala, la otra, hundió las patas en el espejo sin romperlo. Augusto se acercó lentamente. Ella parecía esperarlo, mansa. Él apuntó, ella volvió su delgada cabeza hacia él, como si lo mirara. El tiro partió la tierra y el tiempo. Empujada hacia atrás ella dejó una estela blanca de luz. El agua se tiñó de rojo y ella se hundió suave, siempre suave, en el espejo. Augusto no se acercó, volvió a la casa y escuchó a Renata en la cocina.

Cuando se fue no se llevó los cuadernos sino el rifle. Solo el rifle.

EL BAÑO

La despertó el ruido que ya había dejado de ser, un auto que había pasado o no y atravesaba la noche real u otra tal vez.

Le costaba dormir y el té de tilo y la valeriana no servían más que para evitar algunas de las vueltas en la cama, pero no la mantenían dormida. Como si no llegara al centro del sueño sino apenas a los bordes y ahí, en el borde, durmiera acurrucada, con miedo a caer.

Miró a Martín. Su ronquido era un ronroneo, grave, bajito, como el de la heladera. Levantó la mano para acariciarlo, pero no lo hizo. Corrió el edredón muy despacio y se levantó.

Cada vez que se despertaba iba al baño, y casi cada vez que lo hacía recordaba que cuando habían refaccionado la casa, Martín había propuesto hacer una pared que impidiera la vista de la puerta del baño.

Ella había preferido un metro más de dormitorio y había dicho que, después de todo, la puerta del baño no tenía por qué estar oculta.

Ahora sabía a qué se había referido él: no se trataba solo de la vista de la puerta, sino de atravesar algún otro espacio antes de entrar al más íntimo de todos. El baño es el único lugar al que se va solo, siempre solo. “Como a todo”, pensó. Y después pensó que en realidad aún estaban a tiempo de hacer la pared.

Sintió el frío de las baldosas en la planta de los pies y su réplica en todo el cuerpo, tembló.

La luz de la luna entraba por la ventana. Una luna redonda y enorme entraba por la pequeña ventana cuadrada del baño.

Todo era blanco, las paredes, el piso, los artefactos, porque Pola tenía miedo de cansarse de los colores, de los dibujos, de lo que no fuera liso. Siempre tenía miedo de aburrirse de las cosas. También de las personas.

Cuando levantó la vista vio a alguien sentado en el borde de la bañadera. No podía ser. Pero las baldosas estaban demasiado frías y la mujer sentada en el borde de la bañadera se movió como si desobedeciera, sin seguir el orden del sueño de Pola.

Tenía la espalda vencida en una curva, los hombros hacia delante y los brazos casi escondidos en eso cóncavo en lo que se había transformado. Las manos sostenían la cara que parecía a punto de desarmarse.

Pola se acercó y vio los ojos: eran los de un animal herido, cazado. La pupila suspendida en el centro sin tocar los párpados, sin apoyarse en nada. Esa mujer no había entrado a robar o a hacerles daño. Era frágil.

Llevaba un pijama como los de hombre. Tenía el pelo lacio y despeinado.

Pola no había encendido la luz y los colores apenas se vislumbraban. El pijama podía ser rosa, amarillo, blanco. Pola se acercó en silencio.

La mujer habló como si la hubiera estado esperando, sin levantarse. Preguntó dónde estaba.

“En mi casa”, dijo Pola. “Pero en dónde”, insistió la mujer.

Pola le dijo las calles, el barrio. La mujer le preguntó si conocía otra dirección en otro barrio. Pola dijo que nunca había escuchado esos nombres. Entonces la mujer apretó las manos contra su cara de nuevo y lloró.

La luz de la luna iluminó una de las gotas que rodaban por la cara de la mujer de un modo extraño. Entonces Pola supo que no era un sueño. Esa extrañeza era áspera.

Se acercó al lavatorio, tomó el vaso, lo llenó de agua y se lo ofreció a la mujer del pijama.

La mujer bebió un poco y luego volvió a cubrirse los ojos con una mano. Sus hombros se sacudían. Intentaba hablar pero era difícil entender lo que decía. Algo referido a su casa, a la locura y a Dios.

Entonces Pola le propuso que subieran al borde de la bañadera y miraran por la ventana, para intentar reconocer algo.

Lo hicieron y la mujer lloró aún más. “Nada”, repetía, “nada de este lugar es mío”.

Entonces Pola se sentó en el inodoro. La mujer sorprendida la miró.

Dejó de llorar, pero sus cejas seguían arqueadas en un gesto de angustia o miedo. Pola quería calmarla: “Nos quedamos acá. Mi

marido es piloto y tiene que levantarse temprano. Tiene un vuelo largo".

"¿Piloto?", dijo la mujer del pijama, un poco más tranquila. "Mi novio era piloto…".

Pola asintió. La mujer del pijama la miraba.

"Vuela en LAPA", agregó Pola.

"¿Sigue existiendo LAPA?", dijo la mujer intentando seguir en el diálogo como si fuera una soga de la que se agarraba. "Pensé que no".

"Sí", dijo Pola y vio un paquete de cigarrillos sobre la mesita frente al lavatorio.

Golpeó suavemente el atado contra su índice para que asomara un cigarrillo y se lo ofreció a la mujer del pijama que lo aceptó y dijo "Gracias".

La llama del encendedor tembló frente a su cara.

"Hace diez años que no fumo", dijo.

"Yo debería dejar", dijo Pola.

Fumaron en silencio. La mujer del pijama mirando de a ratos el baño, como si hubiese algo oculto detrás de las paredes. Pola, mirándola a ella, su pijama, su modo de dar pitadas largas y luego dejar salir el humo como si suspirara.

La mujer del pijama bajó la vista y se quedó muy quieta. La punta del cigarrillo fue creciendo encendida y luego cayó sola, apagada, al piso.

"¿Y tenés hijos?", preguntó de repente la mujer.

"Dos", dijo Pola, y pensó que la mujer no, y que era mejor no preguntar nada.

Se sintió incómoda y quiso volver a la cama junto a Martín, o mejor pasar antes a ver a los chicos, taparlos y volver a la cama. Tal vez hacer el amor.

La mujer del pijama la miraba en silencio. Había desaparecido la desesperación de su cara y se había acomodado el pelo. Brillaba.

"¿Estás mejor?", dijo Pola al terminar el cigarrillo. La mujer del

pijama asintió.

“¿Querés llamar a tu casa?”. La mujer volvió a asentir y sonrió.

Una nube debe haber pasado por delante de la luna: la luz desapareció.

Quedaron en silencio y a oscuras, y luego en una penumbra suave en la que las cosas tenían bordes de luz.

Pola se levantó para ir a buscar el teléfono.

“Ya vengo”, dijo, pero la mujer del pijama no respondió.

Cuando salió del baño vio una pared.

Pensó en la pared que no había querido levantar frente a la puerta del baño. Era como un espejismo de lo que no había ocurrido.

Pero esta pared era la de un pasillo largo, sin la pinotea del piso de su casa, sin los techos altos ni las paredes blancas sino unas empapeladas.

Por una fuerza parecida a la de la gravedad, una ley, avanzó y supo que no iba a poder volver atrás. Vio una puerta entreabierta y la empujó. Había un baño con azulejos verdes, una pequeña alfombra peluda frente al lavatorio. Cajas de medicamentos apiladas, un vaso de plástico.

Por la ventana entraba la luz de la luna, la misma de antes.

Pensó en Martín, en los chicos, en la mujer del pijama. Cuando pensó que todo debía ser un sueño supo que no lo era.

Apoyó la frente contra la pared. Sintió el frío de los azulejos, su dureza, el nudo en la garganta.

Echó la cabeza hacia atrás y la golpeó con fuerza contra los azulejos verdes que no eran los de su casa.

Se sentó en el borde de la bañadera y metió la cara entre las manos. Tenía frío y un sabor metálico en la boca.

Escuchó un ruido que venía de la habitación de al lado. Los resortes de una cama, quejándose. Después, pasos.

HERENCIA

Ya estaban en el alambrado cuando un relámpago, como salido de la furia misma de Jáuregui, partió el cielo negro con un rayo de luz, y un temblor subió desde sus pies hasta su corazón. Ni siquiera entonces levantó la vista. Daba paladas junto al poste sin dejar de mirar la tierra. La tierra. Por qué otra cosa podían pelear dos hombres como aquellos si no era por una mujer o por un pedazo de tierra.

Leiva no tenía mujer ni parecía haber querido una nunca, o al menos eso habían creído hasta entonces todos en el pueblo. Jáuregui había tenido la suya y se había muerto.

Así que ahí estaban los dos, desde siempre, pendientes del alambrado, que Jáuregui decía que debía ir un metro más para el lado de Leiva, y que Leiva decía que allí habían puesto las marcas los de la municipalidad y allí se quedaban los palos y el alambre. Siempre terminaba la frase diciendo “Carajo”.

Y el alambrado no se movía, empujado a cada lado por el odio de uno y otro.

Ninguna superficie debe de haber sido calculada tantas veces en los cuadernos viejos de Jáuregui o en la mente inquieta de Leiva como ese metro multiplicado por la extensión del límite entre los dos terrenos. Un pedazo de tierra estrecho y largo como una serpiente.

Al relámpago que estalló en el cielo le siguió el trueno y al trueno, el grito. “Martina, cortame ahí los alambres”. Y la chica, menuda y rápida, hizo lo que le dijo el padre sin inmutarse por la lluvia que empezaba a caer con fuerza sobre los dos.

La mujer del doctor Corradini le había mandado a avisar a Jáuregui la noticia y él, después de pensar unos minutos, había ido directo al alambrado. “Mandame a buscar a los muchachos”, le había dicho a Martina mientras agarraba el pico. “A Urtizberea, el alambrador”.

Leiva estaba internado en el hospital. Ese era el mensaje.

Jáuregui lo iba a recibir, cuando Leiva volviera, con el alambrado donde debía estar.

Tardaron seis días, Jáuregui y los demás, en plantar esquineros nuevos

a un metro de los viejos, quitar los postes uno a uno, tapar los pozos, postear un paso largo más allá.

Cuando terminó de tensar el último torniquete, Urtizberea y los demás juntaron las herramientas, subieron a la chata y se fueron.

Entonces Jáuregui se echó en el piso en el metro ganado y se puso las manos debajo de la cabeza.

Había llovido y vuelto a llover en los cinco días y el viejo tenía barro en la ropa, la barba, el sombrero.

Cuando se echó, de cara al cielo, las gotas le hicieron cerrar los ojos, pero no le contuvieron la risa, que parecía recorrerlo y terminar en los pies. Bailaban en el aire, las botas, al ritmo de la risa enloquecida de Jáuregui. Horas estuvo echado allí, en el pedazo de tierra ganado a su enemigo.

Así lo dejó Martina, hablándole a Leiva como si estuviera ahí.

Leiva siempre había estado.

Si a Martina nunca le había faltado la madre no había sido solo por los cuidados del padre, sino porque no había aprendido la palabra "mamá" hasta los cinco años. Pero sí había aprendido el nombre de Leiva.

Ningún rinde, ningún peso, ninguna suerte podían permitirse ellos que fuera mejor del otro lado del alambrado, y eso movía la rueda de este, del lado de Martina y Jáuregui.

Tal vez por eso la chica no se alegró con las noticias, ni la primera ni la segunda, que llegó unos días más tarde.

En el pueblo, en la calle nomás, alguien les dijo "Murió Leiva".

Jáuregui, aún agotado por el trabajo de los seis días, no dijo nada, miró el suelo y caminó en silencio a la casa.

Leiva no iba a volver, no iba a ver el alambrado.

En silencio Jáuregui se metió en la cama y ya no salió. Eran las cinco de la tarde, pero Jáuregui se metió en la cama como si el sol hubiera caído.

"Papá, levántese", decía Martina, "por favor". "Papá, que ya es mediodía", "Que el campo no espera", "Que la vaca tiene una herida,

ha sido un perro". Y después, "Que tenemos que ir al alambrado, que nadie nos lo corra de nuevo", pero ni así.

Entre la muerte y la vida pareció no haber apenas una línea sino un espacio que debía ser recorrido, un espacio sin dueño, como el de la disputa.

El doctor Corradini no le encontró nada en la primera visita, pero no le respondió a Martina cuando ella dijo "Se va a morir". Metió sus cosas en el maletín y se despidió con pena.

Martina llamó a otro médico, uno de Río Grande, que fue ese mismo día. Tampoco dijo mucho, cobró caro y se fue.

Al día siguiente, Jáuregui ni abrió los ojos. Transpiraba y entreabría los labios como si fuera a hablar y las palabras se le enredaran en la lengua.

Martina le hablaba, le hablaba como nunca le había hablado, le prometía cosas, le mentía, inventaba, con la misma fuerza que le habría gustado tener para sacarlo de la cama y ponerlo en pie. "Del lado de Leiva, si saben que usted no está, van a querer correr los palos", decía.

Dormía en un catre junto a la cama de su padre. Se despertaba cada vez que él se movía. "¿Cómo dice?", preguntaba cada vez que el padre hablaba en el idioma de la fiebre. Jáuregui nunca respondía en palabras que se entendieran, pero Martina buscaba entre las sílabas enredadas y armaba palabras a las que respondía. Si armaba "corral", Martina le contaba que la bataraza había puesto unos huevos enormes, si armaba "despensa", decía cuánto le debían a Flores.

Jáuregui entreabrió de nuevo los ojos, pero era como si en lugar de atrapar las cosas las dejaran pasar. No miraba.

A los dieciséis años Martina se hizo cargo del campo, la casa, el trabajo, el alambrado.

El trabajo siguió igual, las decisiones parecieron tomarse casi solas, como si una especie de inercia hubiera empujado todo, y el nombre de Martina empezó a ser dicho por todos con el agregado de Jáuregui. Martina Jáuregui. Incluso a veces, en el taller de Varlotti, o en la farmacia, cuando le anotaban algo, lo anotaban para Jáuregui a secas.

Fue en la farmacia donde le contaron que Leiva antes de morirse se había casado. Con la encargada de la estancia San Ceferino.

“¿Leiva, casado?”, pensó Martina, y sintió que, de algún modo, así como del lado del padre estaba ella, Leiva había hecho también lo suyo. La simetría había vuelto, como los platos de una balanza buscando el equilibrio.

No había día en que Martina no fuera al alambrado. Le avisaba a la mujer de Ramón para que no dejara solo al padre, para que le diera las pastillas, y se llevaba el mate. Se sentaba en el pasto, esperando. El cielo cambiaba cada día su modo de atardecer.

Martina miraba los colores y volvía a casa, cansada pero tranquila. Cuando llegaba era siempre de noche. Le daba de comer a Jáuregui y le contaba día tras día, “Sabe, papá, hoy tampoco vino”.

La mujer de Leiva no aparecía. Nadie movía los postes.

A veces cuando esperaba, Martina recordaba cómo había recorrido con su padre el alambrado de punta a punta, a caballo. Su padre al tranco, ella yendo y viniendo al galope, detrás de una liebre, un tero, trayendo una idea, un descubrimiento. A veces lo veía, a Jáuregui, con sus botas, su voz enorme. A veces veía que eran dos los hombres, los dos con sombrero, uno a cada lado del alambre, su padre moviendo los brazos, gritando lo que ella no podía escuchar desde el recuerdo. Del otro lado, Leiva quieto.

Jáuregui estaba muy delgado cuando dejó de comer. Martina le daba agua con una tela de algodón, como hacía con los terneros o los cachorros cuando era niña. Dejaba caer gotas de agua, de a dos o tres, despacio, en la punta de la lengua que apenas asomaba.

El doctor Corradini iba todas las semanas, y esa vez le dijo algo que Martina no entendió. Lo veía negar con la cabeza y ponerle la mano en el hombro. No le respondió, no le pagó, no lo acompañó a la puerta ni le dijo a la mujer de Ramón que lo hiciera.

Una mañana, cuando apenas amanecía, como si fuera para acentuar la idea de que algo iba a quedar inconcluso, Jáuregui abrió los ojos y la boca como si se fuera a despertar, como si todo fuera a ser como antes, como siempre, como debía. Pero después cerró los ojos, y si hay algo de voluntad en ese gesto, el de Jáuregui no la tuvo, como si los párpados se le hubieran caído con peso propio sobre los ojos que debajo seguían abiertos. La boca, como todo en el hombre, quedó interrumpida.

Martina le habló. “Papá”, le dijo. Le reclamó, “Por favor, papá”. Pero Jáuregui no se movía.

Martina acercó los dedos a la cara del padre, pero no lo tocó. Después lo abrazó. Lloró, le cerró la boca, le tapó la cara, se la descubrió, le acarició el pelo sucio y escaso. De a ratos el llanto se le iba agotando, y Martina esperaba, sentada en el catre, que volviera.

Ella, que no había tenido madre, ni parientes, ni amigos, ni amantes, se quedó por primera vez sola. Sin Jáuregui. Sin Leiva.

Al día siguiente, la mujer de Ramón llamó al doctor Corradini cuando encontró a Martina dormida en el catre. “Junto al difunto”, dijo. No hubo velorio, apenas entierro. La mujer de Ramón vistió y peinó a Martina como si fuera una niña. Ramón y Corradini se ocuparon de todo.

Martina no quitó el catre de la habitación del padre. Allí quedaron la cama vacía, y también el catre, acompañando.

Cada día, al terminar las tareas, iba Martina al alambrado como quien reza. “No vaya a ser que un día venga la mujer de Leiva”, se decía.

Una tarde, en lugar de volver a la casa, se echó ahí mismo, con el bolso debajo de la cabeza.

La concavidad de la noche, la curva en la que Martina recostada parecía ser ofrecida por la tierra al cielo, las distancias entre las estrellas hacían evidente que ese punto era exactamente el centro de todo. Hubo luces débiles en el pueblo, hubo ladridos lejanos, hubo silencio, pero todo en los bordes de lo que estaba ocurriendo. Martina sintió que estaba echada en el corazón del mundo y que latía.

No sintió nunca el tiempo. Pasaba tan despacio, tan en silencio, que no se notó. Hasta que un día le dijeron que la mujer de Leiva no era su vecina, que el viejo le había hecho una casa en el bañado y allí había ido ella.

A Martina le pareció demasiado que esa casa, la de las garzas, la hubiera hecho el viejo, e incómoda para que alguien viviera ahí.

“¿Hace cuánto?”.

“Hará siete años”, dijeron.

El cielo no tenía color, como si lo hubieran vaciado. Y desde la T donde el alambrado llegaba al camino, de frente al campo que le pertenecía, Martina Jáuregui miró la hilera interminable de postes.

Uno cada cuatro metros, con huellas de haber sido árbol, sosteniendo los alambres y las varillas que no tocaban el piso. Cada vez más cerca uno del otro hacia el final que no se veía. Una fila de soldados inmóviles. Atados, traspasados por alambres como órdenes.

Trajo un bidón en cada viaje, a caballo. Roció los postes, uno por uno, desde arriba y en detalle. Iba y venía, levantaba el bidón con las dos manos sobre el poste. Una especie de bautizo.

Cuando terminó era de noche y el frío le arañaba la cara cuando iba al galope, de una punta a la otra, como midiendo el largo, su fuerza, las horas.

Había armado una antorcha con un palo y trapos viejos. Cuando la encendió el caballo se levantó de manos.

“Tranquilo”, dijo Martina, y se acercó al alambrado.

Tocó con la antorcha el primer poste y una pequeña lengua azul se elevó amarilla, naranja.

El reflejo ardió en los ojos desorbitados del caballo, que levantaba la cabeza alejándose con espanto. Lanzó un relincho agudo y largo.

Martina tensó las riendas, cortas, lo llevó firme al otro poste.

El caballo iba no queriendo, de costado.

El poste prendió fácil. También el tercero y el cuarto.

“Tranquilo”, repetía Martina. Las riendas cortas en una mano, la antorcha alta en la otra.

La fila de fuegos ardió, partiendo el paisaje en mitades. Hubo dos noches, una a cada lado.

No había estrellas en el cielo, había chispas que intentaban llegar y se morían antes.

Cada poste bailaba, con brazos de humo levantados. Cada poste se retorcía como si doliera.

Todo ocurría en los ojos dorados del caballo y la mujer. El relincho, el crepitar, la risa enloquecida.

LAS DESPEDIDAS

Las dos noticias llegaron juntas. O no, en realidad el viaje de Belle no era una novedad. Sí lo era la despedida y parecía que la magnitud que tuviera representaría de algún modo a Belle o a lo que sentíamos por ella, o lo que le debíamos. Entonces fue enorme.

Todos estuvimos ahí. No faltó nadie. Éramos tantos que casi no cabíamos en el departamento. Había gente en cada habitación, en los pasillos, en la cocina. Los mozos pasaban de costado y levantaban las bandejas por encima de las cabezas.

Belle lucía hermosa, pálida y elegante, vestida de negro. Todos querían rodearla y entonces era como una piedra que cae en el agua y marca los círculos concéntricos de atención o tal vez debería decir de adoración. Ella no iba a regresar y cada uno quería darle algo para que se llevara o pedirle algo para que dejara antes de irse. Cada gesto parecía importante, cada gesto brilló ese día como una joya. Y ya se sabe que las falsas brillan casi tanto como las otras.

Ser más cercano a Belle se había vuelto una especie de ventaja, entonces algunas personas intentaban acercamientos de último momento. Hubo una mujer, por ejemplo, que dijo haber sido compañera de colegio. Habían pasado de eso muchísimos años, pero la mujer insistía en que el vínculo entre ellas había sido estrecho. Belle no podía negarlo.

Hubo también dos caballeros, ya mayores, que todos pensamos que habían sido pretendientes o amantes porque fueron los únicos que no hablaron de su relación con Belle. Sonreían; uno con un vaso de whisky en la mano, el otro fumando afuera.

Había flores, algunas que Belle misma había comprado y muchas que habíamos llevado para ella. La exuberancia de la cantidad de flores tenía algo de selva, sin lo salvaje, con una elegancia extraña, como si alguien hubiera podido ordenar la selva. Pensé en un verso de Silvina Ocampo, algo así como la “primavera inmunda”, del calor que humedece las hojas y riza los pétalos de una flor. Decía Silvina que solo permanece frío el corazón.

El clima de fiesta fue como atardeciendo y de repente era tan triste que las lágrimas empezaron a rodar dejando rastros plateados en las mejillas y haciendo que se sacaran pañuelos o se usaran las servilletas.

Belle no lloraba, no porque fuera ajena al sentimiento que nos había unido como si estuviéramos en un mismo barco que se hundía, sino porque ella era más fuerte que nosotros. Eso también fue ocurriendo: fue trazándose una especie de línea que nos separaba de ella. Aunque separar no es la palabra correcta: no podíamos irnos de allí. La velada se extendió hasta la mañana y el único telón que dio por terminada la función fueron nuestros párpados cayendo sobre los ojos enrojecidos.

Para alegría de todos, Belle pospuso el viaje un tiempo.

Y antes de irse organizó otra despedida.

Esta vez fue ella misma quien se encargó de cada detalle. Era espléndida para eso y, a pesar de la tristeza, logró convocarnos de nuevo. Fuimos casi todos. Fue extraño, porque de algún modo intentábamos emular la despedida anterior pero no lo lográbamos. Así que casi no hubo llantos y duró un poco menos. Sin embargo, por momentos la tristeza de que Belle se fuera nos invadía, como en oleadas, y la abrazábamos y le decíamos las cosas más hermosas que pudiéramos recordar o inventar en el momento.

Afortunadamente hubo un nuevo retraso.

Y claro, una nueva despedida, porque el tiempo desgasta las despedidas como desgasta todas las cosas.

Cuando llegamos ya nos conocíamos y nos saludamos con cierta familiaridad.

El hombre que fumaba en la terraza ahora lo hacía con una mujer que había sido compañera de Belle en el trabajo en Montevideo. Belle ya había repartido muchas de sus cosas, así que el departamento parecía haberse agrandado, o tal vez eso parecía porque éramos menos.

Belle estaba en el centro en un pequeño sillón de pana ocre y las personas que se sentaban a su lado iban pasando. Algunos le tomaban la mano y ella les decía que iba a estar bien en el nuevo destino. “Por supuesto”, escuché que le dijo un hombre todo vestido de negro.

Hubo hasta un par de niños que se sentaron un momento junto a ella, divertidos. Belle les hizo bromas y les prometió regalos, como un Papá Noel de tienda. La madre los retó y los tomó a cada uno con una mano casi arrastrándolos. Belle los miraba y dijo “Por favor, déjelos”, pero la madre ya se había alejado por el pasillo.

La siguiente despedida fue de noche y estuvimos aquellos que Belle

consideraba esenciales. Tal vez ella había invitado a todos, pero fuimos menos y el departamento volvió a ser enorme como siempre había sido.

Un grupo se quedó en el comedor y el otro en el living, junto a Belle.

Alguien cantó y nos dimos cuenta de que siempre debería haber habido música, o creo que yo dije algo por el estilo. Alguien dijo que Dostoievski había escrito que solo la música podría salvarnos, y otro le respondió que era la belleza y no la música. “Son lo mismo”, dijo el primero.

Algunos lloramos y alguien dijo que llorar era bueno.

Los del comedor habían bebido bastante y se unieron a nuestros cantos, pero de un modo particular. Ellos creían que traían alegría con sus gritos y sus risas, pero a mí me resultó muy triste.

En la siguiente despedida fuimos sólo los que habíamos estado en el living. Unos pocos.

En lugar de las hermosas lámparas de Belle encendimos velas y los caireles de las mismas lámparas que no habíamos encendido parecieron brillar mejor, ser más que nunca caireles llenos de una alegría intermitente.

La comida esta vez había sido preparada por nosotros mismos. Cada uno había llevado algo especial y Belle había puesto una hermosa mesa con fuentes y platos vacíos que fuimos llenando con lo que habíamos traído.

Lo que me dio tristeza fue que al final, en la puerta, una de las personas me dijo, o sugirió de algún modo, que Belle debía irse.

Yo le respondí que la casa en la que esa persona aún estaba diciendo eso era de Belle y en ella Belle podía quedarse todo el tiempo que quisiera.

Alguien a mis espaldas dijo que las despedidas deberían ser únicas y le dije que cada una lo había sido. Creo que se rieron.

Unos días después Belle me llamó y fui sola a verla. Ninguna de las dos dijo que se trataba de una despedida, pero era inevitable pensar que así era.

Creo que nunca habíamos hablado tanto como lo hicimos esa noche.

Me dijo cosas que nunca habría esperado oír de ella, cosas que no sé si calificar de malas o buenas porque eran tan verdad que el resto de los atributos quedaban atrás y ya ni podían verse.

Después dejamos de hablar, como si uno pudiera terminar de hablar.

Salimos a la terraza y con una jarra de vidrio regamos la única maceta que había quedado. Era una planta de hojas largas y angostas que solo en verano daba unas hermosas flores de color blanco y celeste. Yo las había visto. Eran orquídeas. Belle me corrigió y me dijo que eran falsas orquídeas. Yo pensé que las falsas orquídeas son una clase especial de orquídeas.

Después nos sentamos en dos de las sillas mirando el cielo negro y las lucecitas de la ciudad, abajo. Unas se apagaban, otras se prendían, otras se movían en líneas como hormigas.

Belle finalmente se fue, un tiempo después. Antes de hacerlo dijo que no quería más despedidas. A mí me dio mucha pena porque tenía cosas que decirle después de nuestra última conversación. Pero ella dijo que no era necesario, que comprendía, y supe que era así por el modo en que lo dijo.

Pareció ocurrir de repente: alguien me dijo un día que ella se había ido.

OLSEN Y VARGAS

El talento de Olsen y Vargas no implicaba la ausencia de errores en la ejecución ni que no perdieran a veces el ritmo, o lanzaran al aire ligeras disonancias que eran como agujas para el oído. El primer talento de Olsen y Vargas consistía en detectar fuera de sí mismos, en algunas piezas, la desesperanza que ellos tenían dentro y así armar un repertorio a la medida de lo que ellos eran. Su segundo talento, y tal vez el más meritorio, era transformar ese espíritu triste que los habitaba en algo físico, algo que, como un estímulo eléctrico o un fluido, podía pasar de su corazón a sus manos y de ahí al violín de Vargas y al piano de Olsen. Y así, con esa concordancia que hacía que parecieran, o efectivamente fueran, talentosos, lograban que la confitería del Gran Hotel Amenábar tuviera a la hora del té varias mesas ocupadas.

Yo había empezado a ir dos veces por semana con tres amigas que habían preferido luego Las Violetas. ¿Cómo cambiar la boiserie de madera oscura y el discreto fondo del hotel por unos ventanales enormes desde los cuales la gente que pasa la mira a una morder un scon o limpiar la marca de rouge del borde de la taza? Eso había dicho yo sin lograr convencerlas, o tal vez logrando convencerlas, pero de mudarse a Las Violetas, justamente con el argumento de que allí todo el mundo podría verlas.

Tardé un poco pero finalmente me di cuenta de que ellas no podían darme ese alivio triste que me daban Olsen y Vargas, y que yo prefería ese alivio triste a la alegría esforzada de mis amigas.

Así fue como terminé tomando el té sola dos veces por semana. Té negro en hebras y masas. Con la mirada más allá de los músicos, de las paredes del hotel, de la avenida y de todo. Y es curioso, pero la mirada, cuanto más lejana y más perdida, más parece acercarse al centro de algo.

En general no los miraba tocar, pero no podía evitar ver a Olsen cada vez que se metía en la boca una bomba de crema. Eran siempre cuatro y las acomodaba en un estricto cuadrado que el mozo intentaba emular pero nunca conseguía. Olsen corregía cada vez la posición de las bombas de crema en el platito que le dejaban sobre un costado del piano. Era lo único que podía corregir porque lo demás, su ropa, su peinado, sus zapatos, era impecable, y al resto de la gente no la

miraba. Era regordete, debía haber sido un bebé de pelo blanco, y sus manos eran exactamente lo contrario a lo que llaman “manos de pianista”, pero no les importaba e indiferentes se movían como si fueran ágiles y hermosas.

Vargas era delgado y tenía un bigote fino negro y tan recto como todas las líneas de su cara. Había algo de reptil en su modo de moverse y de enroscar el cuello para sostener el violín. Sus ojos pequeños se cerraban y se abrían fijos como los de una iguana. Se decía que vivía de noche, que apostaba y que estaba tapado de deudas. Pero allí iban, cada tarde los dos, con su música destartalada y cargada de desesperanza, con esa tristeza que era como una respiración resignada de inhalaciones y exhalaciones largas que ralentizaban el subir y bajar de las tazas, la caída pesada de los párpados, las pocas palabras.

La música de Olsen y Vargas era como agua quieta sobre la que flotábamos inmóviles.

Lo invariable de la ceremonia acentuaba la idea de que la suave inercia de las cosas podía ser infinita, y sin que supiera por qué, esa confirmación comenzó a ser necesaria para mí. Como si se tratara de misa diaria, empecé a ir al hotel todos los días, como si algo de esa música, algo que es nota justamente porque no puede ser palabra, coincidiera conmigo y esa coincidencia fuera un abrazo.

Una tarde, Olsen y Vargas entraron al salón como siempre en silencio, mirando al frente. Olsen hizo ese movimiento extraño antes de sentarse en el banco como si tuviera una cola larga que echar hacia atrás, acomodó las bombas de crema y tocó una tecla, a lo que Vargas respondió con un sonido afirmativo del violín. Se miraron. El momento en el que se miraban y asentían con la cabeza antes de empezar era importante, era lo que le permitía después a cada uno cerrar los ojos y ocuparse de lo suyo. Solo volvían a mirarse cuando era necesario recuperar aquello para poder seguir. Se miraron y, para sorpresa de todos, no sonó un lamento sino algo dulce como una tarde de agosto en el campo, y a eso siguió, casi como si fuera lógico, una especie de primavera. Todos volvimos la cabeza hacia ellos y lejos de detenerse, de retractarse con un silencio, Olsen y Vargas siguieron. Los acordes que iban soltando eran como niños que se escabullían dentro del salón. Las notas no caían, sino que daban vueltas y hacían dibujos en el aire, como si los niños corrieran entre las mesas.

El violín de Vargas, que siempre había tenido algo de desesperado cuando trepaba hacia los agudos, ahora parecía enamorado y, como

todo enamorado, despertó al principio una especie de sorna y luego envidia y contagio.

Cuando Olsen y Vargas se miraron, sonrieron por primera vez en la confitería, o se me antoja que tal vez, por primera vez en sus vidas. Y creo que todos estábamos ya sonriendo. Olsen se balanceaba en el banco a un lado y al otro como si rebalsara, y el matrimonio mayor que nunca hablaba pareció haber resucitado: ella movió la cabeza blanca y a él se le encendieron los ojos por encima de los anteojos bajos.

No, no iba a ser todo igual siempre.

Olsen y Vargas dijeron ese día que algo podía cambiar.

Tocaron más que cualquier otra tarde y salieron, o mejor dicho, salimos, porque nadie abandonó la confitería hasta que los músicos dijeron que estaban exhaustos, cuando ya era de noche. Olsen estaba despeinado, tenía en las mejillas dos manchas rosadas y había olvidado las bombas de crema en el plato. Vargas dejó ver un diente de oro al sonreír. Fue solo por un instante, un resplandor corto que en seguida se apagó.

La música no se iba aunque ellos ya habían dejado de tocarla. Había algo en el aire que insistía en quedarse, restos mudos de música o tal vez de alguna otra cosa que se parecía a la música y nos habitaba.

Salimos a la calle juntos, la gente de las mesas y el hombre del violín y el del piano, haciendo comentarios y dándonos la razón unos a otros como si fueran pequeños regalos.

Algunas señoras rodearon a los músicos en la puerta del hotel. Lo que habían despertado Olsen y Vargas era una rebelión y no hay rebelión que se precie que pueda sofocarse mansamente o diciendo “ya pasó”.

Seguíamos en la entrada del hotel cuando en una especie de salto un auto negro subió a la vereda. La gente gritó y corrió atropellándose. Dos hombres bajaron y tomaron a Vargas de los brazos. Lo llevaron en el aire. Vargas no decía nada. Lo metieron en el asiento de atrás.

El estuche del violín cayó al suelo y se abrió.

Uno de los hombres, el más corpulento, volvió hacia atrás, levantó el pie y lo dejó caer con fuerza sobre el violín.

Un solo golpe le bastó.

El vientre abierto en una herida de bordes astillados. Las cuerdas enloquecidas en distintas direcciones. El diapasón partido como un cuello. El violín, muerto.

La gente había desaparecido y quedamos solos, aquello y yo.

Me arrodillé y lo metí en el estuche, rearmándolo, tratando de hacerle encajar los pedazos. Pero ya no era un violín, ya no era nada.

Olsen no pudo volver a tocar con otro que no fuera Vargas, como si no hubiera podido acomodarse como acomodaba las bombas de crema en el plato. El gerente del hotel los reemplazó en una semana.

Yo aún tengo el violín. No pude tirarlo, ni enterrarlo, ni dárselo a nadie.

A veces abro el estuche y espero.

Sucede siempre lo mismo: un silencio. Sucede y se derrama sobre las cosas, las deshoja. Y espero como esperan los árboles en otoño, hasta que surge la punta atrevida de un brote: la sospecha de que en el silencio está, entreverada y oculta, la posibilidad que vieron Olsen y Vargas.

LUGARES BUENOS

“Soy vieja”, dije y di un paso hacia atrás, tal vez para que el chico me viera mejor, “no puedo”.

El chico levantó el cachorro con las dos manos y extendió los brazos hacia mí. “Dele, señora, es el último”.

“No podría cuidarlo”, dije y me di vuelta.

“Es el último”, seguía diciendo el chico a mi espalda.

Es el último.

Sí, si yo hubiera agarrado el perro habría sido el último, pensé. ¿Cuánto vive un perro, diez, doce, quince años? Me alejé pensando que yo no iba a vivir tanto.

Mis padres habían comprado una casa de fin de semana. O debería decir que mi padre había comprado para mi madre esa casa. Él la había traído del campo a vivir en Buenos Aires y ella le había pedido “Verde”. Así lo dijo y mi padre, que había aprendido a hablar español en Japón y para quien “verde” no era más que un color, entendió.

Íbamos los fines de semana. Durante la semana cuidaban la casa y el parque una pareja de caseros. Ellos me regalaron mi primer perro: Capitán.

Yo tenía seis años y revolcarme en el pasto con Capitán era la mejor sensación que había conocido hasta entonces o de la que tengo memoria.

El diccionario dice de perro: “mamífero carnívoro doméstico”, y también dice “persona despreciable”. Nada de eso se parece a Capitán. Él era una especie de lugar. Busco en el diccionario y de lugar dice: “espacio ocupado o que puede ser ocupado por un cuerpo cualquiera”, y también “tiempo, ocasión, oportunidad”. Sí: Capitán era un lugar. Allí yo podía estar. Tal vez debería decir estar a salvo, porque en esa época empecé a ir al colegio.

Los otros chicos decían que yo era china y eso un día mereció un castigo. En mi memoria llamo a aquel día “El fusilamiento”, porque

me pusieron contra la pared del patio e hicieron una larga fila frente a mí. Cada chico pasaba y decía cuál iba a ser su castigo. “No te voy a invitar a mi cumpleaños”. “No voy a jugar con vos”. “No te voy a prestar mis lápices”. “No vas a conocer mi casa”. “No te voy a hablar”. Uno me escupió. Pasaron todos, uno por uno, y uno por uno los escuché de pie sin decir nada, contra la pared. No levanté los brazos como el fusilado de Goya. Los dejé a los costados y miré al frente, a cada uno de los que pasaban. Sentía que así debía hacerlo en ese momento para resguardar algo último en mí. Tampoco dije nada en casa, pero esa noche tuve convulsiones y me llevaron a la guardia de la clínica. No recuerdo nada de esto, me lo contó mi madre años más tarde.

Unos días después hubo una reunión en el colegio y algunos padres pidieron disculpas a los míos. La pregunta que ellos se hicieron era si debían o no cambiarme de colegio. Huir o lidiar con aquello. Decidieron que aprendiera a lidiar. Lidiar, creo que los toros de las corridas se llaman de lidia. ¿Será por eso, porque lidiar con algo es pararse frente a él y esperar con elegancia que te embista? Aún recuerdo el patio y las aulas, y los ruidos de los juegos ajenos.

Pero cada semana tenía un fin y tenía a Capitán y el olor dulce de su pelo y sus ojos y sus saltos de alegría y esa especie de sonrisa con la boca siempre abierta, la lengua rosa y húmeda.

Después de Capitán vino Ceniza.

Tenía algo de loba gris con el lomo un poco más oscuro, el hocico puntiagudo, la cabeza siempre gacha, con miedo, los ojos miraban desde abajo, aun a mí, que era pequeña.

No me la regaló nadie. La vi en el campo de enfrente, asomando apenas las orejas entre el pasto alto. Le hablé y me miró. Me senté en la tierra y ella también se sentó. Recuerdo que estuve hablándole un rato largo. Mis padres cuentan que pasé horas ahí. A mí lo que me sorprende es que la perra también.

Fue la primera vez que sentí algo enteramente mío. Ella no se acercaba a nadie más, ni a mis padres, ni a mis hermanos, tampoco entraba a la casa ni al quincho. Tuve la sensación de que algo le había pasado antes. Yo hacía que oliera mi mano antes de tocarla y luego la acariciaba muy despacio, para que no se asustara. Era una perra triste y para estar con ella yo debía aceptar su tristeza aunque no supiera de dónde venía, y sin querer transformarla en otra cosa. A veces íbamos al campo de enfrente, ahí donde la había encontrado, y escondidas en

el pasto alto, agachadas asomando apenas, mirábamos a mis padres y mis hermanos, mi casa, mis hamacas. Desde ese lugar todo se veía diferente. Era el lugar del que no pertenece. Un lugar enorme.

Un día Ceniza dejó de venir y no volví a verla. Yo tenía once años y creo que fue la primera vez que entró en mi cabeza la idea de la muerte como algo posible.

Después vino Polo. Guardo una foto de él, grande, enmarcada. Está tomada desde abajo y él mira lejos, parece el héroe de una película. Me la regaló su paseador. Porque era la época que en mi cabeza llamo fácil: teníamos una casa enorme, con anchas escaleras de mármol, y gente que se ocupaba de hacer cosas como cocinar, pasear al perro, arreglar las plantas, darnos clases, planchar, coser.

En ese entonces ser japonesa había pasado de ser una especie de deshonra a ser una ventaja. Me había vuelto "exótica", y lo que antes me había valido castigos ahora parecía ser bueno. No entendí nunca el mecanismo ni pude escapar de él.

Me vestía siempre de negro y llevaba a Polo conmigo a donde fuera.

Dormía conmigo cuando era cachorro y siguió haciéndolo hasta que yo me caí de la cama. Era enorme, parecía un oso. Negro, de pelo largo y muy celoso. Mordió a varios de mis novios. A veces iba conmigo a la facultad y me esperaba atado afuera. Cuando íbamos a pasar el fin de semana a la casa de campo yo no lo ataba y él andaba suelto.

Una noche habíamos ido al pueblo y cuando regresábamos por una calle oscura de tierra, vi a tres hombres que caminaban hacia mí. Tenían aspecto de haber tomado. Agarré a Polo del collar y caminé llevándolo muy cerca de mí, con fuerza. Fingí seguridad y casi no ver a los hombres. Cuando nos cruzamos, uno de ellos dijo "Negro" y Polo se soltó de mi mano y saltó hacia él, moviendo la cola. El hombre lo acarició. "¿Se conocen?", dije. "¿Con el Negro?", dijo, "¡Claro, le hizo negritos a mi perra!". Tenía cachorros negros por todo el barrio.

Algunos fines de semana íbamos a la casa de la playa. Polo corría a las gaviotas y cuando los pescadores dejaban restos de pescado, él se revolcaba encima y después venía a mí, hediondo y orgulloso. Si yo buscaba almejas, él cavaba a mi lado.

Después me mudé y no pude llevarlo conmigo. Iba a estar todo el día solo mientras yo trabajaba. No estaba acostumbrado a eso.

Lo dejé en casa de mis padres y los fines de semana iba a verlo.

Vivió diecisiete años. Los últimos, cuando me veía, trataba de saltar, de hacer eso que hacíamos cuando era joven: parado sobre dos patas ponía una de las delanteras sobre el hueso de mi cadera y así nos quedábamos, en una especie de abrazo casi humano. Al final él casi no podía saltar. Lo intentaba con fuerza, pero su cuerpo enorme apenas se despegaba del piso unos centímetros, entonces yo bajaba y me quedaba echada con él en el pasto o en el piso, como dos perros.

El pelo se le había puesto blanco en el hocico.

Cuando murió lo llevé en el baúl del auto a la casa de campo. Necesité ayuda de tres vecinos para subirlo, envuelto en una manta de cuadros azules.

Quería enterrarlo en aquella casa, pero mis hermanos me pidieron que no lo hiciera en ese momento. Habían venido de visita con sus hijos.

Mi padre, que era muy amigo de Polo, había hecho ya un pozo, en un lugar que a Polo le gustaba especialmente.

“Papá”, le dije, “no quieren que lo hagamos ahora porque están los chicos”. “¿Por qué?”, dijo mi padre. “Porque no quieren que pregunten y tener que explicarles…”, dije.

“¿Explicar qué cosa?”, dijo mi padre. “La muerte”, dije. Y mi padre riendo, dijo: “¿Ellos pueden explicar la muerte?”.

Planté flores rojas en ese lugar pero no sobrevivieron.

Después vino Ran. Fue cuando ser japonesa se volvió una explicación para mí misma: si no encajaba en donde estaba era porque pertenecía a otro lugar. Lo que descubrí fue que ese lugar existía y fui como el marinero que en el carajo, en la punta oscilante del mástil, con el telescopio en la mano, grita “Tierra”.

Ran era japonés. Lo adopté con Manuel y pronto quedé embarazada.

Cuando Manuel y yo nos separamos, no hubo ni una pregunta al respecto: Ran se iba conmigo.

Mi hijo aprendió a caminar con una mano sobre su lomo.

No ladraba, no hacía nada que yo pueda describir como una forma de comunicación o una acción particular, pero pocas veces me sentí tan

querida. Tampoco puedo hablar de su mirada, tenía los ojos casi cerrados de tan rasgados, y muy oscuros, como esos pozos en los que no se puede ver el fondo.

Yo trabajaba muchísimo y era poco el tiempo que podía pasar en casa.

Cuando era chica y mi padre viajaba a Europa por trabajo, mi madre le pedía que le trajera, en lugar de perfumes, algo que se llamaba extractos. Venían en botellitas muy pequeñas en hermosas cajas, en general una dentro de otra, como mamushkas. Mi madre me explicó que era una especie de perfume concentrado y que una sola gota bastaba para perfumarse. Así eran los momentos con mi hijo y Ran. Íbamos los tres a la casa de campo o a la de la playa. En verano nadábamos, en invierno hacíamos fuego. Había un nogal y mi hijo juntaba nueces con mi madre, plantaba árboles con mi padre, y Ran acompañaba cada paso con una gentileza, con un modo tan suave y paciente, que los demás parecíamos bruscos o torpes. Tenía la cola enroscada hacia arriba, las patas largas, el pelo blanco con el lomo atigrado, pero nada de eso sirve tampoco para explicar algo muy dulce que había en cada uno de sus gestos.

Mi hijo ha olvidado esos días. No puede recordarlos como quien no alcanza un estante en el que ha guardado algo, algo que sigue estando. Los días perfectos que mi hijo no recuerda le dan la calma solidez que tiene él para hacer todas las cosas, aunque no lo sepa.

Cuando Ran envejeció se enfermaba cada vez que mi hijo y yo nos íbamos de vacaciones.

El último año pospusimos un pequeño viaje y solo nos fuimos un par de días antes de que comenzaran las clases. Al regresar, Ran había empeorado y no podía tenerse en pie. Para salir yo le sostenía la cadera con un arnés. Me lastimé la espalda y como si se tratara de un traspaso esperé que eso lo aliviara, pero la magia no ocurrió.

Yo le pedía que se mejorara, para poder jugar con mi hijo, para poder pasear juntos y él me escuchaba, como me había escuchado siempre, y obedecía.

Una noche en que se sentía muy mal le dije al oído, “Ya está, Ran, podés ir”. Dio un suspiro y dejó de ser. Yo nunca había visto morir nada, nada que amara.

Está en mi jardín y a veces me siento ahí, con él.

Después vino Reina. Con mi madre, que estaba enferma. Me tocó a mí

cuidarla. Yo vestía y desvestía cada día a mi madre, le preparaba la comida, le daba de comer, la bañaba, le leía, y todo ese tiempo Reina me mordía. Me mordía los tobillos, las pantorrillas y si estaba descalza, los pies. Ponía la cabeza de costado para poder morder mis pies flacos.

Una noche mi madre lloraba y decía cosas inentendibles, yo intentaba buscar la medicación, darle un vaso de agua, no llorar, consolarla, y Reina no dejaba de morderme los tobillos. Se aferraba a ese espacio angosto debajo de los huesos que sobresalen.

Aún tengo las marcas. No se me van a ir nunca, porque llegaba hasta mis huesos con sus pequeños dientes furiosos. Creo que hubiera seguido escarbando en mi carne hasta lo blanco de mis huesos si hubiera podido. Solo eso la detuvo: no poder llegar más lejos.

Era tal la incomprensión que sentía frente a ella que no podía sentir otra cosa, aun con los tobillos sangrando. No podía entender cómo mi madre, que era dulce y amable, podía tener una perra así. Se parecía a un castigo, pero era mi madre quien la había elegido, criado y conservado.

Por las noches a veces yo no dormía e intentaba comprenderla: ¿por qué me atacaba así si yo estaba haciendo algo bueno, cuidando a quien ella quería? No había una cuestión territorial en disputa: estaban en mi casa. Yo ensayaba respuestas que se iban volviendo cada vez más disparatadas, como si Reina y sus agresiones hubieran logrado correr el eje de mis ideas.

Nunca le grité, no la llevé al jardín, no la maltraté.

Una vez vino mi amigo Jaime (que es alto y corpulento y le quita el peso dramático a todas las cosas) y cuando vio lo que hacía la tomó rápidamente con una mano y la puso sobre la heladera. Por ser alto y fuerte, o decidido, pudo hacerlo.

Reina, muda, miraba hacia abajo desde el borde. Yo sentí alivio.

Después se fueron, las dos.

No tuve más perros. No quise. No pude.

Hoy a la mañana cuando iba al vivero, en la esquina estaba el chico con una caja de cartón.

“Se lo doy, señora”, me dijo cuando me acerqué a ver. Un cachorro

mestizo negro y marrón.

“Soy vieja”, le dije y me alejé. “No podría cuidarlo”.

Él dijo que era el último, que ya se habían llevado a sus hermanos.

Después di la vuelta y volví. No puedo ni cargarlo, pero me sigue. Siento la fuerza de lo que está comenzando. Un lugar bueno.

MUERTOS LOS OJOS

Hacía semanas que había rumores de que Tada San estaba por jubilarse, y cuando me ordenaron acompañarlo a Mar del Plata y hacer un informe detallado de cada paso de la inspección, pensé que sí, que Tada estaba por irse y debía ser reemplazado.

Me acerqué con un poco de temor a decirle que iba a acompañarlo.

Hacía años que lo conocía, pero era muy poco lo que podía decir de él. Nos cruzábamos en los pasillos y habíamos compartido alguna reunión y varias comidas, pero no sabía casi nada sobre él.

“Bueno”, dijo y miró hacia abajo.

Debíamos estar en la planta de elaboración de Mar del Plata antes de las diez para poder elegir algunos bloques al azar.

Acordamos encontrarnos a las cinco cuarenta de la mañana en la estación de servicio de la subida a la autopista. Él prefirió que fuéramos en mi auto.

Llegué más temprano y él ya estaba ahí. Me saludó inclinándose amablemente y acomodó su bolso en el baúl con prolijidad. Detrás de sus gestos estaba su forma de considerar que él era hombre y yo mujer: me dejaba pasar, abría y cerraba las puertas. Después de cerrar el baúl, subió al auto, se sentó y se abrochó el cinturón mirando hacia delante.

“No sé si es tarde o temprano”, dije intentando una broma. “Es temprano”, dijo mirándome con seriedad. “Es verdad”, dije y puse en marcha el auto.

La salida de Buenos Aires por el sur tiene una curva suave que hace que a medida que uno sube todo vaya apareciendo con majestuosidad. Enormes grúas miran el río como perros guardianes, perros de hierro, perros esqueléticos que miraban hacia el lugar por donde iba a aparecer el sol.

La belleza industrial parecía venir a decirme algo a mí, que siempre creí que la belleza proviene de la naturaleza.

Aún estaba oscuro, algo en el cielo parecía a punto de quebrarse.

“Salir de la ciudad es siempre bueno”, pensé.

Tada miraba al frente. “Usted puede dormir”, dije. “Muchas gracias”, dijo él, “no tengo sueño”.

Habíamos pasado el primer peaje cuando le pregunté cuántos viajes había hecho. Empezó a hacer cuentas, cuántos por año, por cuántos años. El número me sorprendió. Y en ese momento lo dijo: “Este es el último”.

No pude encontrar ninguna frase de consuelo. Todas me parecieron inútiles. Él no dejó de mirar hacia delante en las siguientes tres horas y yo no logré encontrar en mi cabeza algo bueno para decir. Parecía una gran conversación aquel silencio: él pensando yo no sabía qué, yo pensando qué se le dice a alguien que está a punto de salir del sistema que lo ha acogido toda su vida como si fuera una casa. Sentía eso, que Tada estaba a punto de ser arrojado no sé a dónde y que el hecho de que así fuera haría que cualquiera se preguntara por el sentido de lo que había dado a lo largo de su vida.

Encendí la radio, la apagué.

No podía dejar de pensar en una escena trivial: mi perro estaba muy viejo y su cadera ya no se sostenía sola. Yo lo sacaba pasándole una especie de faja por debajo de la barriga y le sostenía la cadera para que pudiera caminar. Una vez mi vecino nos vio y me preguntó dónde estaba mi perro. “Es este”, respondí, y mi vecino con tristeza lo miró y me dijo “Ya no es él mismo”. Y pensé que eso era, después de todo, la muerte, ya no ser uno mismo.

Le pregunté a Tada varias veces si quería parar, para ir al baño, para tomar café. “Si paramos, vamos a llegar más tarde”, decía cada vez.

A las nueve y cuarto llegamos a la planta. Esperamos en la cabina de seguridad un rato, luego atravesamos un gran patio en el que había varios camiones y fuimos al frigorífico.

Tada saludó a las personas de una pequeña oficina vidriada y regresó a donde yo estaba, un gran espacio techado. Luego nos fueron trayendo pallets con cajas en las que estaban los bloques de calamar congelado.

Estaban apilados formando un cubo de un metro por un metro. Tada dio vueltas, miró por todos los costados y sacó dos bloques de cada pallet.

Ocho bloques en total, que pesamos en la balanza que estaba a un lado y dejamos en cunitas de plástico descongelándose.

Tada sacó de su bolso una carpeta en la que tenía las planillas en blanco. Anotamos el peso del bloque en la parte de arriba de cada una, junto con la fecha que decía la etiqueta de cada bloque y el nombre del barco. Después anotamos el porcentaje de piezas oscuras por bloque y el porcentaje de bloques oscuros por pallet.

Casi no hablamos. Me dijo que anotara, como dándole importancia a la tarea. “Doce con veintitrés”, me decía y yo anotaba. “Once noventa y ocho”. “¿Anotaste todo?”. “Sí, señor Tada”. Yo miraba el lugar y pensaba cómo lo vería si fuera la última vez. Era un lugar oscuro, muy frío y grande, todo metal y cemento, sin gracia, pero tal vez se había vuelto bello para él.

Cuando nos fuimos nadie nos despidió. El hombre de la cabina de seguridad apenas asintió con la cabeza cuando Tada le dijo que íbamos a volver al día siguiente.

Fue indicándome cómo llegar al hotel. En un momento señaló otro hotel y me dijo que allí solían alojarse los inspectores de la competencia. “Es un poco mejor”, dijo, “pero mucho más caro. Un cinco por ciento mejor y un veinte por ciento más caro”. “¿Qué quiere decir un cinco por ciento mejor?”. “Las habitaciones son un poco más grandes”.

Cuando llegamos al hotel, él habló durante un rato con el conserje. Yo preferí subir a mi habitación.

Después de media hora bajé y encontré a Tada todavía en el lobby. Me dijo si quería ir a almorzar al puerto y le respondí que sí. Esa era, después de todo, la mejor parte del viaje, comer algo que en Buenos Aires es difícil de encontrar.

Almorzamos sin hablar. Él estudió mucho el menú y pidió una combinación del plato del día con algo de la carta. Después me dijo que tenía que pasar por otra planta unos minutos. Supuse que querría despedirse. “Lo acompaño”, dije.

Era una planta chica, a la que en realidad no entramos. Nos quedamos en un cuartito de unos dos metros por dos en el que dos hombres tomaban mate y escuchaban la radio. Había una ventana chiquita y alta como las de los baños. Los hombres recibieron a Tada como a un viejo amigo y le preguntaron qué tenía esta vez. “Nada”, dijo él. No tomó mate y casi no habló. Después de unos minutos dijo que nos

íbamos y yo asentí. Antes de salir le preguntó a uno de los hombres si tenía cupones. El hombre se rio y sacó de un cajón unos papelitos celestes y se los dio.

Volvimos al hotel y acordamos salir al atardecer a comer algo.

En mi habitación casi todo era de color beige. Me senté en la cama y pensé que seguramente en la cena iba a desahogarse.

Caminamos hasta una cantina. Pedimos. Tomamos vino, pero Tada miraba el menú aun después de haber ordenado y nuevamente comimos en silencio. Hice algunos comentarios sueltos, como quien raspa la cabeza de un fósforo contra el borde de la caja. Él me respondía siempre con una amabilidad fría, como si todos los fósforos estuvieran húmedos.

Regresamos al hotel y nos despedimos acordando la hora a la que íbamos a encontrarnos por la mañana.

Las sábanas parecían, como siempre en los hoteles, nuevas. Todo parecía o era nuevo y al mismo tiempo que disfrutaba eso, pensaba que para Tada era la última vez. Pensé que tampoco iba a volver a ver a los hombres a los que habíamos ido a saludar.

A la mañana siguiente nos encontramos en el bar del hotel a la hora acordada.

Estaba vacío y los empleados aún estaban acomodando las cosas del desayuno en las mesas largas. Tada tomó de la caja del té dos o tres saquitos y se los metió en el bolsillo. Hizo lo mismo con unos sobrecitos de azúcar.

En la pesquera, el guardia de seguridad nos hizo pasar enseguida y fuimos a ver las cunitas en las que habíamos dejado descongelándose el calamar.

Tada había traído guantes y un guardapolvo también para mí. Le dije que era muy amable.

Sacamos la primera cunita y volcamos los calamares sobre una mesa de acero inoxidable. Separamos las piezas que tenían algún defecto. Pusimos los calamares uno al lado del otro, paralelos como soldados muertos. Los que tenían defectos, perpendiculares a los otros. Tomamos fotos. Los calamares estaban muy fríos y se resbalaban de nuestras manos. Era frío y agradable. Hasta que en un momento noté sus ojos. Tenían grandes ojos redondos debajo de los tentáculos.

Grandes ojos abiertos. Salidos y blancos con el iris en el medio y a veces torcido.

Tada había marcado los centímetros en la bandeja de la balanza. Yo agarraba el cuerpo resbaladizo de un calamar, lo ponía en la bandeja y le decía cuánto medía y cuánto pesaba. Los cuerpos brillantes y blandos a veces se deslizaban en la bandeja como queriendo caer.

Después volvimos a ponerlos en las cunitas. Amontonados, desordenados, los tentáculos enredados unos con otros. Hacíamos todo con los ojos muertos mirándonos. Pensé que nos verían como si fuéramos nosotros los muertos, como si los ojos muertos no pudieran ver más que todo muerto.

Cuando terminamos nos lavamos las manos, nos quitamos los guardapolvos, guardamos las planillas y nos fuimos.

"¿Qué hora es?", dijo él. Había dicho que a las once terminábamos. A las once y cinco estábamos en el auto.

Al salir de la ciudad, Tada me dijo que quería pasar por un lugar que no estaba previsto. "¡Por supuesto, señor Tada!", dije y le pedí que me indicara el camino. Fuimos a una fábrica de sweaters en donde usó los cupones de descuento que le había dado el hombre de la planta. Compró cuatro sweaters iguales. "Es un descuento importante", dijo cuando salíamos.

El viaje de regreso también fue en silencio.

De a ratos yo lo miraba y me parecía que estaba pensando en algo, hasta que en un momento me dijo que quería hablarme. Me dio alegría. "Por fin", pensé. "¿Podemos parar en la estación de servicio y tomamos un café?", dijo. Quería que conversáramos sentados, mirándonos.

"Más adelante hay una estación de servicio", dije. Pensé en la vida de Tada y en la mía y que tal vez un día yo iba a estar en el lugar en el que él estaba.

Había poca gente. Estacionamos y pedimos en el mostrador dos cafés. Nos sentamos en las sillas fijas y él sacó un pequeño attaché que llevaba siempre con él.

"Quiero decirte algo", dijo.

"Sí, señor Tada, dígame", dije y me incliné hacia delante.

Sacó un fajo de facturas y me dijo que no tenían fecha, que me las podía vender para que yo las pasara en las rendiciones, que me cobraba la mitad de lo que yo podía sacar por cada una.

Me eché hacia atrás. Creo que le agradecí cuando le dije que no, y no tomé el café que se enfrió en el vasito de plástico.

En lo que quedaba del viaje tampoco hablamos.

Los perros esqueléticos seguían mirando hacia el río, pero el sol ya había pasado sobre la ciudad y se iba, justo cuando nosotros entrábamos.

LOS ENSAYOS

A Inés Fernández Moreno

I.

Diciembre: hay frutillas. Las pongo en un bol blanco lleno de agua. Las frutillas flotan, giran, nadan. Me quedo mirándolas. Yo, que soy de otro siglo, tengo un gesto de este: tomo el teléfono y les saco una foto. Tal vez el gesto no es de este tiempo en el fondo: lo hago para que no pase la belleza que pasa. Después las clasifico. ¿Por qué siempre tenemos que comparar las frutillas, separar las más viejas, señalar las que son pequeñas o demasiado grandes? Descarto solo dos que están blandas y vuelvo a mezclar las demás.

En un bol verde pongo tres frutillas, pedacitos de kiwi, banana y mango, en otro, peras cocidas con limón y canela. Preparo té y llevo todo en una bandeja.

La puerta está entornada, la abro con un pie. Ella está atravesada en la cama, paralela a la almohada, tiene la cabeza contra la pared y las piernas cayendo por el otro lado. Tiene la boca abierta, pero no la oigo respirar. Tiene la mandíbula tan quieta. El miedo entra al cuarto, despacio. Dejo la bandeja en la mesa baja. “Mamá”, digo. Ella no se despierta. Vuelvo a llamarla. Sigue sin despertarse. Le toco la cara, las mejillas flacas. El miedo mira por detrás de mi hombro. Subo la voz un poco pero ella no se mueve. Le muevo yo la cara. La boca abierta, la mandíbula rígida como si la boca no pudiera cerrarse, como si no fuera a cerrarse, como si nunca hubiera estado cerrada. Contengo algo en mí. El miedo está a mi lado. No lo miro. “Mamá”, repito y le sacudo a un lado y al otro la cara. “Mamá”. El miedo se está riendo. “Mamá”, grito. Ella traga y cierra la boca. La boca que era de piedra hace un rato, se abre un poco, se cierra. “Sésamo”, pienso, “ábrete, muévete. No seas una piedra, porque las piedras tienen una forma de vida muy extraña”.

“Te traje el desayuno” digo, y siento mi corazón golpeando. Ahora miro al miedo, le veo la espalda, se está yendo del cuarto. “Hay frutillas” digo, y corro la cortina para que entre la luz, abro la ventana, para que entre el aire. Ella dice “Frutillas, bueno”, y mueve los pies y las manos y las piernas, los brazos. Muy lentamente se acomoda, haciendo pausas entre cada fracción de movimiento, dándole tiempo a mi corazón a volver a andar al paso.

Dejo que desayune mientras ordeno la casa, preparo el almuerzo, doy una clase. Ella hace todo lentamente. Sé que entre un pedacito y otro

de kiwi o mango pueden pasar varias cosas del mundo y apenas rozarla. Ella va a mirar en silencio y va a hacer que su mano flote hasta el bol verde y sus dedos investiguen hasta dar con los bordes perfectos de un trocito de mango y se cierren temiendo que esa especie de presa se escape, y luego con cuidado su brazo va a recorrer el espacio que hay entre el bol y su boca como si fuera un viaje.

Los viajes ya no son a lugares lejanos, pero ahora casi todo es un viaje. No hay valijas sino el propio cuerpo porque ella parece cargarlo. También a veces, su cuerpo y ella pelean o se tienden trampas. Por momentos parecen odiarse y cuando eso pasa yo siento que estoy frente a un incendio y no puedo hacer nada, solo correr como una tonta a una canilla y volver con un balde lleno de agua, que las llamas van a tragarse como se tragan todo a su paso. Sus peleas con ella misma pueden ser salvajes. El resto, el resto es lo contrario. Mi madre no levanta la voz, no tiene exabruptos, no olvida jamás la etiqueta, las formas, los modales.

El día pasa como si fuera una vaca, lento, manso. Puedo tocarle un anca y desviarlo.

Ella no habla. Nunca habló mucho, pero hay días, ahora, en los que no habla nada. O mejor dicho, no me habla. Porque cuando llama mi hermana ella se vuelve una planta a la que recién regaron, hasta se le endereza el tallo de la espalda, la voz le sale clara y arma una conversación como si estuviera tomando el té en el Petit Colón. Es casi como si actuara, pero esa es ella para mi hermana. ¿Cuántas versiones hay? Ella le da la mejor a mi hermana. A mí me da la verdad. No: todas son verdad. Y hay algo pírrico en lo que siento al no ser favorecida. “Pírrico se aplica a victoria y no a derrota”, me corrige Manuel. Es como si se tratara de comida y mi madre, como tantas veces, nos sirviera lo que ha preparado y a mí me tocara una porción más pequeña. Más no es mejor.

A veces yo le pido a mi hermana que la llame. A veces le digo a mi madre “¿Llamamos a Pato?”. Y ella siempre responde “No si ella no llama”. Y puntualmente pregunta “¿Llamó Pato?”. La puntualidad es de mi madre. Mi hermana llama tal vez dos días seguidos y luego deja de hacerlo por varias semanas. Una mezcla de azar y falta embellece cada llamada. Tienen algo de magia. Mi presencia en cambio es obvia, es opaca.

Ya son las diez de la noche. “Voy a cambiarte”, le digo, y cierro la cortina del cuarto. Le desprendo los botones del sweater azul, y ella me pregunta con una voz muy baja si tomé el trabajo que tanto estaba

esperando. Ese en el que tal vez iba a cobrar bien porque era para una empresa grande. “No”, digo mientras le saco la manga izquierda porque ese es el brazo que mejor mueve. Lanza un “¿Por qué?” casi inaudible. “Hacía falta dedicación de tiempo completo para poder cumplir con los plazos de ellos”, digo y deslizo el sweater por detrás de su espalda mientras ella está sentada. Le saco la otra manga por el brazo que casi no mueve. No quiero decir nada que suene a reproche. “Ahora el vestido”, digo, “acomodá los pies más atrás de las rodillas, tirá el cuerpo para adelante y así”. La sostengo por los hombros, se levanta. Le desabrocho el vestido y se lo quito. En ropa interior, mirando hacia delante, sin verme, sale un hilo de voz de su boca casi cerrada. Me acerco para escucharla. “Yo no soy responsable de tu falta de capacidad”, dice. En ropa interior, sin voz, sin ver, sin fuerza para estar parada, dice “Yo no soy responsable de tu falta de capacidad”. Me quedo mirándola, con el camisón en la mano y digo “No, no lo sos”. “¿Qué camisón es ese?”, pregunta. “El blanco bordado en las mangas”, respondo. “Está bien”, dice ella, y estira un brazo hacia delante. Lo hago pasar por la manga, después la cabeza, el otro brazo. Los remedios de la noche, el vaso de agua, el antifaz, la radio. “Buenas noches”, digo. “Que descanses”, dice ella.

Cuando cierro la puerta algo se expande. Algo en mí o tal vez yo misma o el espacio en el que puedo moverme o el aire que puedo respirar mezclándome con él para hacerme más liviana y poder llevarme.

Recuerdo que una vez hace años dejé en el cajón del baño un atado de cigarrillos. Lo busco.

No está, fue hace años. Busco en los bolsillos de abrigos que no uso, en carteras, bolsos. Hace años que no fumo. Tal vez no poder plegar la silla de ruedas y levantarla para meterla en el baúl del auto sea falta de capacidad. Sí, lo es. No saber qué hacer cuando llora es falta de capacidad. Ella también perdió capacidad, y yo no tengo suficiente para las dos. Por eso forcejeo con la silla y los apoyapies se doblan contra el borde del baúl que no cierra y la bajo y vuelvo a subirla con torpeza y rayo el auto y me lastimo la espalda que parece crujir silenciosamente debajo de un vestido negro que se engancha con la silla y se rasga. En el ángulo de un cajón encuentro un cigarrillo olvidado. Salgo al balcón y fumo el tabaco húmedo. Lo siento en la boca, en la garganta, sé cuándo está en mis pulmones mezclándose con el aire que ahora es humo que sube blanco frente a mis ojos y frente a ellos desaparece. “El último”, pienso, cuando la punta encendida arde, el último.

La noche pasa, pero no es como una vaca. La noche es un toro y me está mirando.

Cuando me levanto a darle el primer remedio escucho desde el pasillo el aire que intenta aspirar, como si tuviera que hacerlo a través de un conducto muy angosto y tuviera que hacer fuerza, y después lo mismo para empujar el aire afuera. Se trata apenas de eso: de mover aire a través de nosotros, de que ese aire traiga algo del mundo y uno pueda devolver también algo.

Corto tres cuartos de la pastilla y me inclino hacia la cama para dársela. Ella abre la boca, recibe la pastilla como si estuviéramos en misa y fuera la ostia. “Amén”, pienso.

Ella siempre fue católica y su catolicismo fue cambiando con ella, tornándose más filosófico y al mismo tiempo más duro. Siempre hay en su mesa de luz libros como las Confesiones de San Agustín, algo de Santo Tomás de Aquino o de filósofos y poetas que no conozco. “Nada tiene más formas que Dios”, pienso.

Cuando vuelvo a buscar la bandeja del desayuno ella está en el sillón azul, muy quieta. Parece dormida pero eso no es dormir. Por momentos abre los ojos y los párpados parecen pesarle mucho, todo en ella está caído o cayendo. Busco la caja, le pongo en el brazo el brazalete, lo inflo: tiene la presión muy baja. Le doy agua, le doy sal, le pincho los dedos con un alfiler. No tengo más trucos. Llamo al médico y me dice que espere, que vuelva a darle agua, que la presión les baja entre el desayuno y el almuerzo, que si en diez minutos no subió, pida una ambulancia. Ella está yéndose como se va el agua. Está tranquila y es como si se hundiera ahí donde está. Yo, estoy temblando. ¿Qué hay en el fondo de ese lugar en el que ella se hunde? ¿Y si no llego a agarrarla? Tiemblo por dentro. Si alguien me viera creería que estoy segura. Soy tan diferente por dentro y por fuera. Ella mueve la boca. Vuelve a la superficie, abre los ojos. “¿Estás bien?”, digo. “Sí, ¿por qué?”, pregunta ella, ella que no sabe lo que acaba de pasarle. “Te bajó la presión, llamé al médico”. Ella critica el desayuno: es como si ya nadara. “Mañana te doy otra cosa”, digo. “No”, dice ella, “no te preocupes tanto”.

Pero vuelve a ocurrir: ella que se me va entre las manos. Llamo a la ambulancia. La atan a una silla muy angosta en la parte de atrás. Voy a su lado y la sostengo, para que no se deslice hacia los costados, le sostengo la cabeza que de a ratos cae hacia delante. La sostengo cuando pasamos calles de adoquines, en las curvas cerradas, cuando frena la ambulancia. Imágenes de su vida frente a mis ojos.

En la clínica nos dicen que no fue más que eso: un bajón de presión, pero por si acaso la dejan veinticuatro horas internada. “En observación”, dice el médico.

Vuelvo a casa a buscar ropa, remedios, dinero, una manta.

Estoy sola en casa: me siento en una silla y miro el living, me siento en mi habitación, en la galería, en el patio. Ya no vivo en mi casa, pienso. Es hermoso visitarla.

Cuando vuelvo a la clínica, ella está dormida y solo se despierta para decir el nombre de mi hermana y lo que mi hermana le hubiera traído.

“Voy a contestar con dulzura cada finta verbal”, pienso, “voy a juntar toda la dulzura de la que soy capaz para armar cada respuesta”. Porque a veces puedo ver el tamaño real de las cosas, como si me alejara. Tal vez porque me alejo, puedo ver las cosas unas junto a otras y no creer que un solo detalle es la cosa. Un detalle es una pequeña parte, me repito, y es solo la cercanía lo que lo agranda como una lente malvada. Una parte no es el todo. Una flecha de hoy es una flecha y mi madre no es la flecha, sino la mano que ha quitado otras flechas antes. Mi madre no es solo una flecha y yo no soy solo una herida que arde en mi costado.

Duermo en una silla. No, no duermo. La noche es un toro y me arrastra. Arrastra mi cuerpo caído y lo hace pasar por el barro, las piedras, el frío, las ramas.

Por la mañana las enfermeras la llaman “abuela” y la mueven como a una muñeca. Sé que las detesta y veo cómo calla.

Cuando volvemos a casa ella dice “Necesito darme un baño”.

“Por favor”, digo, “más tarde”. “Bueno”, responde, “se nota que estás cansada”.

El día después de una internación es una vaca extraña. No pasta, no rumia, no muge, no levanta la cabeza del pasto ni se le posan en el lomo los pájaros.

Por la tarde la baño. El cuerpo blanco de mi madre. Su mano débil que cuando le ofrezco la mía para que se agarre, elige la pared de la que no se puede agarrar. Sus axilas son como cuevas profundísimas. Yo no sé si los animales llegan a estar tan vulnerables.

Por la noche escucho que murmura algo. Voy al cuarto y ella dice

“Siento alivio cuando escucho tus pasos”.

Pasan otros días, como una fila de vacas, o tal vez fue la misma dando cada vez una vuelta que intentaba ser nueva e iba fracasando.

Hoy ella quiere cocinar. “Quiero ayudarte”, dice, “vos hacés siempre todo”. Ella antes cocinaba, había estudiado con varios chefs y era una gran cocinera. No le gustaría esa palabra. Hacía cosas sofisticadas, preparaciones complejas, sobre todo de cocina francesa.

Pero hoy quiere hacer malfatti. Escucha la receta varias veces, diferentes versiones, durante un largo rato. Después me va diciendo cómo procesar la espinaca. “Es muy importante quitarle toda el agua. Agarrá un repasador limpio y ponela adentro”, dice. Aprieta la espinaca con una sola mano y poca fuerza. “Te ayudo”, digo, y hago salir el agua. Mete la mano en el bollo para amasarlo: lo mueve apenas. Si se trata de una lucha, un poco de harina y agua le ganan a las manos de mi madre. Yo siempre quise tener las manos de ella. Huesudas y largas. Las recuerdo en mi frente cuando me enfermaba, envolviendo las mías para cruzar la calle, esculpiendo, pintando, sosteniendo grandes ramos de flores, sacando pelusas de una solapa. Una vez le pegó un carterazo a un ganso. Un ganso que extendió sus alas y se hizo enorme y con un graznido enfurecido corrió hacia mí para atacarme. Yo me quedé paralizada. Mi madre se interpuso, levantó su cartera de cuero, que hacía juego con su vestido y sus sandalias, y le dio al ganso en plena cara.

Comemos en silencio, ella mira hacia delante, y yo la miro a ella, con una impunidad obscena. “Salieron bien”, digo, y ella dice que otra salsa habría sido más apropiada. No respondo. Este desencuentro es una forma nuestra de estar. Cuando yo cocino siempre celebro, tal vez de un modo reprochable, con un nivel de exigencia pobre, celebro. Entonces hago silencio cuando ella ve las cosas exactamente como son. Otra salsa habría sido mejor. Pero después de mi silencio ella agrega “Ahora sabés la receta”, y reconozco en el tono un intento de enmienda, una especie de puente. Avanzo por él: digo que sí y que eso es bueno. Digo “Gracias”.

Ella no dice “gracias”, no como los demás lo hacemos. Cuando hago pequeñas tareas para ella o la ayudo, nunca dice “gracias”. Pero cada seis, siete, ocho meses ella me agradece. En momentos de fragilidad, me mira y con su voz más dulce dice cosas como “No sé qué sería de mí sin tus cuidados” y después dice “Gracias”, pero de un modo diferente a los gracias que lanzamos livianamente todos los días las otras personas. Ella parece deshacerse en esa palabra, parece dolerle.

No, no es dolor, es como una pesadez que viene de muy lejos. Una vez Ali me habló de la tristeza de las mujeres vascas. La sangre de mi madre es vasca. Ali me dijo que esa tristeza sin palabras es antigua, y yo pensé en raíces, esas raíces duras agarradas a la tierra de un modo que nadie puede arrancar, raíces de tristeza en la tierra de mi madre.

Después de almorzar duerme en el jardín. Hoy es un día gris, ideal para dormir. Vamos con el andador hasta la galería. “Poné música”, me dice. El Mesías de Haendel, su favorito. Ella se duerme antes de que aparezca el coro.

Viene el kinesiólogo, es joven, alto y tiene una voz enorme. “Arriba”, le dice, y la lleva a caminar a la calle. Ella se transforma: camina, se sienta erguida, los hombros simétricos. Cuando viene el kinesiólogo ella casi no necesita un kinesiólogo, pero en cuanto él se va, empieza a necesitarlo. Hay una paradoja escondida en casi todas las cosas y últimamente salen, como algunos bichos, de repente, de todos lados.

Hoy no quiere cenar, tiene la garganta cerrada. “Una sopa”, dice, “haceme una sopa de zapallo”. La sirvo en un jarrito. Pero ella no puede tomarla. Es una noche mala. La acompaño a la cama.

Le tiemblan los hombros, un brazo, la mano. Le tiembla el cuello, la cabeza, el otro brazo. Le pongo la pelotita de goma en la mano que más se sacude, la agarra con fuerza, ahora tiene fuerza en esa mano, pero es una fuerza ajena que viene de otro lado. La noche es mala. Es un toro que está dando patadas encima de mi madre. Ella tiene la mirada en el cielo raso. Me acerco y me mira. Tiene la mirada tranquila, resignada, como si esperara que el toro simplemente se marche. Le agarro la otra mano, espero con ella.

Ella dice “Andá a dormir, que es tarde”.

Me quedo y el toro se va, pasa sin haber roto nada como si no hubiera pasado y de repente ella y yo hicimos algo que nunca habíamos hecho: estar juntas de la mano un rato.

Vuelvo a mi habitación a las tres de la mañana. La noche es un toro que ha vuelto y duerme. Intento ser liviana, invisible, inaudible, para que no se despierte.

Otro día, otra vaca, blanca, mansa y pesada. A cada paso, un remedio, una rutina de comida o sueño, pocas palabras.

Mientras almorzamos ella dice “Un chino mató a un carnicero” y yo no puedo dejar de reírme, y ella me da detalles para alimentar mi risa.

Hablamos de los chinos, de los carniceros, de la mafia, de la carne. Ella no se ríe, pero hay una leve picardía en su cara cuando arma los comentarios, como si se divirtiera y no quisiera admitirlo. Los primeros días en mi casa cada vez que hablaba por teléfono le decía a su interlocutor que se aburría. “Acá no se puede hacer nada”, repetía.

Ella siempre fue inquieta, siempre tuvo muchas actividades. Iba y venía y siempre conocía gente y lugares inesperados.

La única vez que la vi llorar fue el día que no le renovaron la licencia para manejar. Lloró con furia, echada en la cama. Nunca vendió el auto.

Está en el baño hace demasiado tiempo. Intento abrir la puerta y se traba.

Está en el piso, muy quieta, con los ojos cerrados y algo que sobresale en su cabeza de manera extraña.

“Está muerta”, pienso. Está muerta y de repente yo no siento el dolor que debo sentir, entonces siento culpa y me detesto y esa es ella otra vez detestándome sin que yo sepa qué es lo que he hecho y entonces me doy cuenta de que no es a mí a quien detesta en mí y que ella hizo lo que pudo y lo que uno puede es siempre menos de lo que uno quiere o debe, siempre es menos porque menos es la medida de lo humano. Y entonces siento como una piedra un dolor enorme tan pesado que no puedo sostenerlo o sostenerme porque el dolor soy yo. Y voy como desmoronándome en una sucesión de posturas patéticas hasta quedar arrodillada con una mano en el piso junto a ella, que revive y se mueve.

“Me caí”, dice, “ayudame a levantarme”.

Tomografías, rayos. El médico dice que no fue grave. Ella no quiere quedarse. Nos vamos.

Esa noche voy a verla muchas veces. Siempre la encuentro dormida.

A las siete voy a darle el primer remedio, pero debe tomarlo a las siete y media. Está despierta. “¿Ya es la hora?”, pregunta. “Falta”, respondo en voz baja. “Tuve un sueño”, dice, “y no fue una pesadilla. Había lechuzas, lechuzas de ojos enormes. Lechuzas de color naranja. Me gustaría pintarlas”. Enormes lechuzas de color naranja con ojos negros, redondos, grandes. Karen dice que las personas que no ven pueden pintar igual. Lo esencial de la pintura no se pierde, sigue ahí. Me habla de pintar con las manos en lugar de pinceles. Mi madre no

quiere. Quiere que vayamos de nuevo a la oftalmóloga y “hacer las cosas como se debe”.

Cuando ella pintaba, el color que más usaba era el azul. Uno de sus cuadros es una especie de mar de noche, una mezcla terrible de azules y negros. Se lo dio a mi hermana. Mi hermana dijo “Acá no hay nada”.

Hoy quiere usar un sweater negro con cuadraditos blancos. Es uno de lana, de la casa Henry Saks, que tiene hace varios años. Lo agarraron las polillas o algún bicho y tiene pequeños agujeros. Ella igual quiere ese. Lo compramos una tarde nublada de enero. No se podía ir a la playa y paseamos por el pequeño centro comercial. Compramos sweaters para las dos. Ella los compró. Le digo que voy a arreglarlo.

Busco los parches que se pegan con la plancha, una tijera, me siento en la cocina y corto círculos ínfimos. Ella se pone otro sweater.

El toro que es esa noche parece arrollarme: me quedo dormida vestida, en el sillón del living. Me despierto a las tres y voy a verla: duerme, puedo oírla desde el pasillo. Abro apenas la puerta y veo su boca abierta. Es como una luna, una media luna negra, con las puntas hacia abajo. Las lunas no deberían ser negras. Eso no es una luna: es su ausencia.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano, voy a verla y la encuentro despierta.

“Aún no amanece”, le digo. Me mira. Parece más joven. Parece sana. Parece mi madre, la de siempre. “¿No querés dormir?”, pregunto, “aún falta para el remedio”. “No tengo sueño”, dice ella. Esperamos. Antes de tomar el remedio ella es mi madre de antes. Pero sin el remedio ella no puede ser. Es como si estuviéramos encerradas. Pero ahora no, aún no amanece, la casa está en calma, ella es la de antes. Entonces digo “Esperamos”, y digo “Contame algo, algo del campo”. Ella, la de antes, se sienta en la cama, derecha, hermosa como era, como fue siempre y me habla del campo y es como si me llevara. Ella es niña, yo no soy nadie. La casa es enorme, pero no tiene una distribución como las casas de ahora. “Se construía de a partes”, dice. “Y en el medio o hacia un costado había un patio largo y estrecho, un lugar de sombra, y ahí crecían la menta y las rosas. Nunca voy a olvidar ese perfume”, dice mi madre. Yo puedo imaginarla, una niña pequeña, con un vestido blanco, sentada en un banco de hierro y madera, oliendo el aire. Tiene los ojos del color de algo que por dentro es dorado y por fuera negro y ante la luz cambia, siempre cambia sin haber cambiado.

Pero de repente entre las cortinas del cuarto aparece una línea de sol: amaneció y nuestro tiempo se fue acabando, y fue hermoso y ahora va a ser otra cosa, pero en algún lado va a seguir siendo hermoso haber hablado.

"¿Es la hora?", dice mi madre. "Sí, mamá", digo, y le alcanzo el vasito y la pastilla. Ella, dócil, toma y vuelve a meterse en la cama.

Por la tarde busco la plancha. "Voy a arreglarte el sweater que te gusta tanto", digo. Pongo la tabla de planchar en la cocina, desde donde puedo verla dormir en el sillón del living.

Quiero que pueda usar este sweater. Uno nuevo no serviría. Guardé los círculos cortados en un sobre blanco. Tengo que usar apenas la punta de la plancha, no arruinar la lana, pegar los bordes de algo que mide lo que un lunar de mi cara o su espalda.

Pero la vaca del día de hoy es una vaca que muge enloquecida como si anunciara algo. Tal vez sabe. No puedo pegar los parches y quedan tirados en la cocina. Hay muchas cosas tiradas por toda la casa.

La noche de hoy también es mala. El toro da la vuelta y vuelve más furioso, más rápido, más pesado. Mi madre lanza una de sus frases. Y yo busco dentro de mí con qué enfrentarla: encuentro un recuerdo de hace más de treinta años.

Mi abuela se había roto la cadera. Mi madre viajó a su pueblo para cuidarla después de la operación. Se quedó con ella una semana. Un día llamó por teléfono, se reía, se reía mucho y me dijo "¿Sabés qué me acaba de decir?". "No", respondí. "Asesina", dijo y volvió a reírse. En ese momento pensé en mi abuela, en cómo estaría para llamarla de ese modo, luego dejé guardado el recuerdo hasta hoy, hasta tener que usarlo. ¿Cómo puedo hacer para reírme como se reía ella hace treinta años? Ella vuelve a lanzar otra frase perfecta, afilada, que da siempre en el blanco. Y pienso que ella, que me enseñó tanto no me enseñó a lidiar con esto, a reírme, a olvidarme, a ser sorda, otra, lejana, a ser más hábil. O tal vez lo enseñó y yo no aprendí: mi hermana siempre se aleja de mi madre y eso alimenta el amor de mi madre por mi hermana. Hay una forma de encuentro en esa danza.

Hoy pide de nuevo el sweater negro de cuadros blancos. "Aún no pude arreglarlo", digo.

Y cuando me siento con la plancha y los círculos de parche, ella se sienta en una silla cerca. No, no está cerca. Está a unos metros, pero puedo verla. Tomo un círculo y lo pego con mucho cuidado con la

punta de la plancha. El calor va a pegarlo, pero debo lograr pasar la plancha por los bordes y los círculos son muy pequeños. Apenas una parte de la yema de mis dedos. Me pongo los anteojos. Pego otro círculo, con cuidado. Otro. Y luego otro más. Pero aún quedan muchos. Me va a tomar un rato. Y entonces escucho el golpe. Mi madre se ha caído de la silla, de costado. La miro. Está en una posición tan extraña. Los hombros, la cadera, las piernas como desacompasados. Sigo pegando otro círculo negro en el sweater favorito de mi madre. Paso la plancha con cuidado. Hay un tiempo exacto: si es poco no se pega, si es mucho se quema. Siempre hay un tiempo exacto.

Miro a mi madre. Ella abre los ojos y me mira. Tiene los ojos como los de la niña que buscaba el perfume de la menta y los rosales y tiene, como hace mucho no tenía, una sonrisa amable. Me mira. Yo sigo pegando parches.

El tiempo pasa, quiero decir se instala, como antes el miedo. Ella tiene la cabeza de lado contra el piso y sigue sonriendo, suave. Yo doy vuelta el sweater y veo que los parches no se notan: quedaron perfectos. La levanto. Ella dice “A ver el sweater, mostrame”. Lo sostengo frente a ella y ella dice “Ah sí, quedó muy bien”. Sé que no ve. Le digo “Gracias”.

Un día de repente llega mi cumpleaños. Ella dice que va a comprarme una torta. Despliega planes y parece entusiasmada y me arrastra a su entusiasmo y me alegro de que vaya a ir en silla de ruedas a la casa de tortas que está a dos cuadras y de la que no se acordaba y ahora se acuerda y dice que tal vez se tome un té y hasta coma algo. Dos horas más tarde le dice a la chica que iba a llevarla que la silla no le sostiene la cabeza y ella no puede, pero que yo le dije que fuera. Yo no puedo dejar de mirarla. Quiero reconocerla. Una vez un médico me dijo algo así como que ella no era ella, y yo no me animé a preguntarle entonces quién era. ¿La que me dio una infancia en la que puedo refugiarme cuando me duele? Tuve árboles y pájaros y perros y gatos, caballos y flores, agua, música todo el tiempo, una mirada amorosa y un silencio enorme. “No importa la torta, mamá”, le digo. “Yo hago una, hago una de manzanas y peras, vas a ver que es rica”.

“No puedo ir a la Deux Mondes porque tiene escaleras”, dice. “No vayas a la Deux Mondes”, digo, “porque es muy lejos, son once cuadras”. “Tiene escaleras”, dice ella, “y yo no puedo subirlas”. “No tiene escaleras”, digo, “las tortas las venden en el piso de abajo”. “Tiene unos escalones”, insiste.

“De todos modos es lejos, por favor no vayas. Yo hago una torta”. Ella le dice a la chica que la lleve. Vuelve con la torta en una gran caja dorada sobre el regazo. “Había escalones”, dice al dármela.

Comemos dos porciones de torta como si lo hiciéramos bajo la lluvia. Mi madre puede comer sin inmutarse bajo la lluvia o en medio de una batalla. Yo, en cambio, me desdibujo y solo después me rearmo lentamente.

Estoy a punto de preguntarle por un día bueno, pero me pregunto a mí misma. Me pido un recuerdo que me sostenga. Mi hijo tiene doce años. Yo camino por el río con el agua por las rodillas, por los muslos. En el lecho hay piedras. Me subo a una gran roca, una especie de isla. Mi hijo juega en la orilla. La luz se mueve en el agua, entre las plantas, en su cara. La luz tiembla en gajitos sobre el agua. Hay bondad en cada cosa y puedo verla. El agua está fría y acaricia las piedras tanto que a todas las ha redondeado. Piedras que seguramente se desprendieron siendo filosas de las laderas de las sierras, triángulos llenos de bordes como cuchillos, puntas. Y la paciencia del agua fue una forma de amor hacia cada piedra.

“Cortame otra porción muy finita”, dice ella.

Otra vaca, mansa. Un poco tonta, o tal vez loca o desahuciada. Tal vez cansada, desde siempre cansada y harta. Podría levantar mi mano y acariciarla, pero ella desaparecería en cuanto yo lo intentara.

Entonces no hago nada, quiero decir cocino, le sirvo, le doy los remedios, llamo al médico, limpio la casa. Y es como si estuviéramos mi madre quieta mirando el aire, la vaca tonta parada en medio, y yo, mirándolas a ellas con los brazos colgando y las palmas de las manos hacia delante.

Mi madre está hace tres horas y cincuenta y seis minutos dejándose caer por el costado de una silla, una silla ergonómica que compramos para que tenga dónde apoyar la cabeza. Mi madre es tan pequeña que no llega al borde de la silla, no roza siquiera el apoyacabeza. Pero el brazo de la silla la sostiene persistente, fuerte, inamovible. Y ella se deja caer hacia él y deja salir un quejido con cada exhalación. “Mamá, ¿no querés ir al cuarto y tirarte en la cama?”. “Mamá, ¿no querés que te ponga la radio en el sillón, no querés salir un rato al patio?”. “Mamá, hacé con el andador unos pasos, dale”. Ella no se mueve y me dice “Ahora no” y otras veces dice “Ya voy”, otras “Dejame”. Y yo me acuerdo de cuando dijo con enojo que ya no iba a leer a Simone de

Beauvoir. Le gustaba tanto. Había leído todo de ella, hasta aquel libro del que no recuerdo el nombre. “Cuenta cosas de Sartre que no deberían contarse”, dijo. “Sartre viejo”, pensé, “tal vez enfermo”. ¿Qué cosas no deberían contarse? ¿Son íntimas acaso? ¿Por qué entonces estoy respirando el sonido triste de cada exhalación? Ariel me dijo un día al oído, “No sos ella, por favor acordate, por favor no te olvides”. Mi madre sigue colgada del apoyabrazos. “Comprame yogurt”, dice, “haceme un té de boldo”. Si las cosas íntimas no deberían contarse, si le pertenecen a cada uno, por qué su intimidad se derrama así sobre mi vida. Cuando hablo de intimidad no hablo del cuerpo. Hablo de eso otro que nos habita. Tu intimidad cae sobre mí y exactamente ahí donde no quiero, donde ya no puedo, es donde la cosa se vuelve mía.

Después de la cena traigo a la cocina la bandeja intacta. Me quedo mirándola y pienso que podría dejarla así, intacta, para mañana. Me siento en un banco. Tal vez empiece a derramarme, pienso. Podría pasar tres horas sin moverme y dejar salir la tristeza en cada exhalación. Todos nos derramamos sobre aquellos que han quedado a nuestro lado.

Llega puntual la noche. Son muchos los toros. Sin furia ni prisa. Son muchos, pero tan silenciosos. Cuando se acercan puedo verlos bien: son hermosos.

No sé si vienen por ella o por mí.

II.

Mi madre quiere escuchar un audiolibro. Busco en el teléfono. “Enero”, dice. “No está”. “¿No estaba todo en internet? ¿De qué sirve si Sara Gallardo no está?”. “No está, mamá. Debería estar, es verdad”, digo y al levantar la mirada veo un toro. En pleno día. “Poneme a Simone de Beauvoir”, dice mi madre. Cómo puede haber un toro a esta hora, me pregunto. “La mujer rota”, dice ella. “Sí, La mujer rota está”. Dejo el teléfono en la mesa baja y busco por la casa.

En la cocina, en el medio, un toro. Cierro la puerta, “Después de todo en un rato va a caer el sol”, pienso. Hoy se adelantaron. En mi habitación hay dos más. Uno echado y otro mirando hacia el baño, donde hay otro más pequeño. Corro a la habitación de mi madre: dos más. Vuelvo al living y hay, casi azules, cuatro toros. Sí, se adelantaron y son más.

Me dejo caer en el sillón. Mi madre dice que falta el final. Que en el final de La mujer rota ella no encuentra su auto. “Ahora lo busco”, le digo mientras paso junto a un toro para llegar a ella. “Cómo se busca un final”, pienso.

“Voy a preparar la comida”, digo. Esquivo otro toro en la cocina y luego dos al salir con la bandeja.

Uno pequeño, dos viejos. Hay uno que tiene amarillos los cuernos, y otro que parece un poco tonto, pero no los distingo más que eso. Cuando andan juntos parecen uno, una especie de pozo o de noche que se mueve. Pero mi madre y yo ya no les tenemos miedo. A pesar de que estamos solas y de que cualquiera de ellos pesa más que nosotras juntas, a pesar de su modo de mirarnos y no vernos, del aliento que hiede a algo sin nombre, a pesar de sus cuernos. Podrían destriparnos de un golpe. Pero ya no les tenemos miedo. Tal vez por un dejo de dulzura que hay en esta especie de mansedumbre. Tal vez porque son hermosos si uno los mira el tiempo suficiente.

Yendo y viniendo por la casa los esquivo: ya no camino recto. Una mañana se me cae la bandeja del desayuno al dársela a mi madre. Un toro se ha echado a un costado de su cama y la distancia entre ella y yo es más grande, aunque ahora hablamos más que antes. Al día siguiente otro se echa en la punta y sube la pesada cabeza a la cama, la apoya sobre el pie izquierdo de mi madre, que ya no va a poder

levantarse.

Pasamos el día juntas. Detrás del lomo de uno, esa especie de ladera negra y brillante, apenas puedo ver la cima blanca del pelo de mi madre. Pero su voz, su voz es lo importante. Los toros no pueden interponerse entre nuestras voces: los atravesamos, y más cuando reímos por algo. Y eso que ella y yo reímos tan bajo.

No hablamos de ellos. Tal vez porque cuando algo tiene una presencia demasiado evidente no necesita o no puede decirse, tal vez porque es mejor la ausencia de algo para hablarlo. No hablamos de los toros rodeadas de ellos y de su olor, ese olor del tiempo cuando se ha acumulado, el olor de lo que es triste porque ha sido bello.

Una mañana al levantarme no encuentro a los toros, ni en mi habitación, ni en la cocina, ni en el living. Voy a la habitación de mi madre. Ella tampoco está. El miedo, de nuevo, dando vueltas a mi alrededor, levantando sus manos en un gesto de alarde. Entonces voy a la ventana y la abro. Yo nunca hago eso, pero empujo las dos hojas de la ventana y me asomo.

Mi madre ha arreado a los toros, se los está llevando.

Camina como cuando yo era niña, con pasos largos y elegantes, lentos. Ella tiene piernas largas que yo no heredé. Tampoco los ojos, de todos los colores que hay entre el verde y el gris, el dorado y el negro. Lleva el chemisier azul, zapatos altos, pero no demasiado. El pelo corto de siempre. Las manos largas en las que adivino las uñas también largas.

Una rama en una mano, como una varita mágica. Se da vuelta para saludarme o para estar. Mi madre siempre ha estado cerca mirándome. Sonríe apenas. No habla. Parece decirme, “¿Ves? Así se hace”.

LA ESTATUA Y EL MAR

El mar se confiesa en la forma de las olas. Se mece, brama y rompe, hunde o salva. El día en que todo comenzó, estaba calmo. Contenido en el marco de la ventana de mi oficina no amenazaba ni rugía con voz ronca. Los estallidos mudos se deshacían en mansos jirones blancos.

Giré la silla hacia el escritorio y volví a llamar a la compañía de las grúas.

Mientras esperaba a que me atendieran, escuché varias veces una grabación que decía que no había nada que una grúa de aquella firma no pudiera mover.

“Nada es inamovible”, repetía el eslogan. Luego, música, o debería decir la antítesis de la música, que es lo que en realidad era aquello.

Una voz de mujer me saludó y me respondió que podían mover monumentos, pero que no se ocupaban de tramitar las autorizaciones ni los permisos municipales. Hablaba con dulzura. Una dulzura incongruente con lo que estaba diciendo.

Tampoco realizaban las tareas de remoción en caso de que el monumento o lo que fuera tuviera una base con cimientos. Hablaba con tanta seguridad que cualquiera habría creído que había respondido aquella pregunta, para mí un tanto extraña, varias veces. “El transporte se cobra aparte”, agregó al final.

Debo haber dejado salir esa especie de tartamudeo débil que no logro quitarme de encima, porque ella me sugirió consultar a quien pudiera realizar el trámite y la remoción antes de volver a comunicarme.

Asentí, le di las gracias, y ella me deseó un buen día.

Ya había tomado la decisión: iba a trasladar la estatua de mi abuelo a Utashinai, su pueblo natal.

Cuando se lo conté a mi padre dijo que le parecía bien y luego habló un largo rato del desprestigio de las figuras públicas y de la corrupción en la política. Levantó un puño gris al que se le veían los huesos y golpeó la mesa del restaurante varias veces. “¡Ya no hay respeto”, gritó, “ni siquiera miedo!”.

Yo no sabía si la desacralización de la función pública era algo bueno o malo, ni siquiera sabía qué tenía que ver aquello con la estatua, solo sabía que me daba pudor ver a mi abuelo en la entrada del puerto en donde yo trabajaba todos los días.

Hasta la postura, con el brazo levantado, como señalando lo que había logrado, me parecía ampulosa. Una reverencia habría sido más representativa del espíritu de mi abuelo, pero nadie levanta estatuas de gente haciendo reverencias. Tal vez porque eternizar ese gesto lo trastoca. ¿Hay algún gesto cuya esencia no cambie al hacerlo eterno? Un abrazo, por ejemplo, se transformaría en una forma de aprisionamiento; unos ojos cerrados, en una muerte. Fuera como fuere, tener un brazo levantado no parecía una buena postura. Pensar en la eternidad me hacía suponer que la postura debía ser cómoda, como si la eternidad fuera un viaje largo en lugar de un destino.

Intenté pensar qué postura habría elegido yo si hubiera tenido que hacerlo, pero el teléfono interrumpió mis especulaciones inútiles.

Un funcionario de la municipalidad de Utashinai me comunicó que no tenían inconvenientes en recibir la estatua y buscarle un lugar adecuado.

Mi secretaria redactó el permiso de remoción que yo firmé como máxima autoridad competente. Luego le encargué contratar un camión playo, tres estibadores y un martillo neumático.

El día de la remoción los esperé en la entrada del puerto. Hice quitar el cemento que rodeaba la base de piedra, como yo mismo había hecho varias veces para mover plantas de un lugar a otro sin dañarlas, porque es sabido que lo que pierde las raíces, muere.

La grúa tomó la pesada figura y la depositó sobre la plataforma del camión.

Era inexplicable la suavidad con la que se movía esa especie de mano gigante. Hizo todo en silencio. Un silencio apenas subrayado por el zumbido grave del motor, que ninguno de los que estábamos allí se atrevió a romper. Había algo de ceremonia en todo aquello. Pensé que una grúa se parecía un poco a un dios, o Dios a una grúa.

En el lugar donde había estado mi abuelo quedó un enorme y extraño cráter. Una ausencia tan dura e imponente como la misma estatua.

Una vez en el suelo, separamos la figura de la base, para facilitar el transporte.

Cuando estábamos por partir se acercó mi secretaria con el teléfono. Tenía una llamada de la municipalidad de Utashinai: había habido un pequeño inconveniente burocrático por el cual no iban a poder recibir la estatua esa semana.

“Es ridículo”, le dije al funcionario a cargo, “que sea tan complicado para ustedes recibir algo”. El funcionario asintió y se disculpó, pero repitió que no iba a poder aceptar la estatua esa semana.

El camión playo esperaba en la entrada del puerto con el motor en marcha. Le dije al chofer de la grúa que nos siguiera, y al del camión, que íbamos a llevar a mi abuelo a un lugar en donde lo recibieran sin trámites. Luego fui indicándole cómo llegar a mi casa, y les dije que volvieran luego con la base al puerto.

La grúa descargó la estatua en la vereda. La gente que pasaba la miraba de arriba abajo y la esquivaba. Solo dos niños se pararon frente a ella, se dijeron algo en secreto y rieron. Pensé que yo, de niño, nunca habría hecho algo así, aunque no sabía bien a qué me refería, ya que después de todo, los niños no habían hecho nada malo.

Los estibadores recostaron la estatua y la entraron a casa.

En la sala hay un sofá largo frente a una mesa baja, y al otro lado dos sillones pequeños, entre los que acomodaron a mi abuelo. Parecía estar discurriendo sobre algún tema en una reunión de amigos. Yo casi podía ver a quienes lo escuchaban en los sillones pequeños, con sus vasos anchos en las manos.

“¿Qué es esto?”, dijo mi mujer cuando llegó a casa. “Mi abuelo”, respondí. “Está más alto de lo que era”, dijo ella mientras escuchaba la historia de lo que me había pasado aquella tarde.

Al día siguiente llamé a la municipalidad de Utashinai.

Fue incómodo tener que preguntar por el funcionario a quien el día anterior había gritado. De todos modos, el hombre volvió a mostrarse amable, y se comprometió a intentar resolver el tema lo antes posible. Ambos nos disculpamos.

La estatua se transformó en testigo de la vida cotidiana de mi familia. Era raro cenar con mi abuelo parado a pocos metros, mirando a lo lejos con el brazo levantado. Los niños no podían quitarle los ojos de encima. Y yo decía cosas como “El que mira al abuelo no come postre”. La primera noche, cuando Kimi llevó a los niños a su habitación, encendí el televisor en la sala. Me gusta mirar el programa

de las chicas que bailan. Hay una de pelo corto negro a la que he visto varias veces. Tiene una boca muy grande y algo grotesca, y ese día llevaba un vestido blanco diminuto. Ella se contorsionaba y yo no podía evitar ver de reojo la sombra de mi abuelo. La sombra del brazo de bronce extendido en el aire. Cambié de canal y me serví un whisky. Luego decidí llevarme el whisky a la habitación, y finalmente me dije que lo mejor iba a ser dejarlo para el día siguiente.

Pero al día siguiente lo que hice fue pedirles a Kimi y a la empleada que me ayudaran a dar vuelta a mi abuelo, a ponerlo de espaldas a la sala.

Contábamos hasta tres antes de cada movimiento, y de a poco lo fuimos girando hasta que quedó mirando hacia la pared. El efecto fue el contrario al buscado: parecía que todo lo que hacíamos lo hacíamos a escondidas. Comer más o menos sano, retar a los niños justa o injustamente, tomar whisky, mirar a las chicas que bailan, asentir a las quejas de Kimi, todo parecía ser hecho a espaldas de mi abuelo. Pero era eso mismo que emanaba de él lo que hacía imposible ponerlo en otro lugar como el pasillo, el baño, mi habitación o la de los niños. Traje del puerto a los tres estibadores de antes y les pedí que llevaran a mi abuelo al garage. Lo pusieron junto al lavarropas.

Yo llamaba todos los días a la municipalidad de Utashinai.

El nuevo inconveniente era que el lugar asignado en la plaza estaba frente a otra estatua, la de un arquitecto que había hecho edificios de renombre, pero todos en otras ciudades. Mi abuelo había gestado y llevado a cabo la creación de un puerto importante pero alejado del pueblo de montaña en cuestión, y al intendente le resultaba raro homenajear solo a gente que había logrado grandes cosas lejos del pueblo. “¿Qué?”, dije desconcertado, y el funcionario repitió el discurso casi sin modificaciones. Luego se disculpó.

Cuando llegué a casa, fui al garage, como a contarle a mi abuelo la anécdota del pueblo y sus personajes ilustres. Sabía que él la habría disfrutado.

Los hombros y los brazos de mi abuelo estaban cubiertos de ropa mojada. Remeras de los niños, un vestido con flores y un corpiño blanco. Quité todo y le dije furioso a Kimi que hablara con la empleada.

Ella me respondió, tranquila, que mi abuelo habría aceptado de buen modo ayudar a secar la ropa de la casa, que era un hombre bueno y

amable.

Cuando me siento molesto, salgo a caminar por el barrio. Los árboles estaban aún sin hojas, pero muchos tenían pequeños brotes de un verde muy claro. A simple vista no se veían, como si el otoño amarillo lo ocupara todo.

Me di cuenta de que mi abuelo nunca había visto su estatua. Había sido hecha en un aniversario de su muerte.

Yo no sabía si a él le habría gustado. Habían sacado el modelo de una foto. Lo que realmente señalaba mi abuelo era una pila de cajas de madera sobre una especie de montacargas. Un gesto sin la pretensión histórica que le había dado el escultor más tarde. En la foto, mi abuelo tenía el pecho y el mentón más bajos que en la estatua, y los ojos, cálidos.

Yo no tenía forma de saber qué habría pensado mi abuelo de la estatua y por un momento aquello pareció una pregunta crucial, hasta que la respuesta fue, de repente, obvia.

Volví a casa con una decisión tomada y eso hizo que todo transcurriera de otro modo: la comida, las charlas, los ritos domésticos, mirar bailar a la chica de boca grande.

No iba a ser fácil volver a mover la estatua. No podía llamar a los estibadores de nuevo: había habido rumores en el puerto acerca de mis idas y venidas con la estatua. Descarté también pedirle ayuda a algún amigo.

Debía hacer aquello solo, pero yo no podía mover tanto peso. Debía hacerme fuerte, volverme un estibador. Conseguí entonces una bolsa de arena y con ella ejercité cada mañana. Pero mi cuerpo no cambió mucho. No es fácil dejar de ser uno.

Diseñé, entonces, una pequeña plataforma con ruedas de goma y correas de cuero, para poder volcar el peso de mi abuelo sobre mi cuerpo flaco y arrastrarlo.

Una noche le dije a Kimi que tenía miedo de que la estatua de mi abuelo se dañara.

Ella me respondió que cuando se mueven cosas, como en una mudanza, siempre algo se pierde y algo se rompe.

“Entonces no habría que mover nada”, dije, molesto por el seco

sentido práctico de Kimi. Me di vuelta y apagué la luz.

Al día siguiente volví a contratar a los estibadores, a la grúa y al camión playo.

Hice que dejaran la estatua en donde termina la avenida que recorre la costa, en un barrio alejado, y les pedí que se fueran.

La tarde caía roja y había movimiento en las casas: gente que regaba las plantas, se iba o llegaba, niños jugando. Todos miraban al hombre solo con la estatua.

Esperé que la oscuridad los ahuyentara, y mientras tanto conversé con mi abuelo. Yo solía conversar con mi abuelo. Mucho más que con mi padre.

Sentado en la costanera cuando el día se retiraba, me di cuenta de que llevaba años sin hacerlo. Como si su muerte y todo lo que ocurrió después me hubieran mantenido demasiado ocupado como para conversar. Conversar con sus ideas, quiero decir, con lo que él verdaderamente era.

Cuando oscureció acarreé la estatua a la playa. Me llevó varias horas. Cargué aquel peso por la arena como nunca creí que hubiera podido hacerlo. El cuerpo me dolió y dejó de dolerme.

La noche fue mi compañía. Una noche de un silencio tan profundo que pareció una muerte. Como si todos a mi alrededor hubieran muerto, o tal vez yo mismo. Qué es, después de todo, la muerte sino el silencio de todo lo que a uno lo rodea.

Pero amaneció y el cielo se abrió como si rebelara algo, o como si por fin fuera a hacerlo. Coloqué la estatua mirando hacia el mar. Al verla pensé que debería querer bajar el brazo.

La marea estaba subiendo y el agua helada me cubría los pies.

El mar iba a llevarse todo. O tal vez no. Tal vez mi abuelo iba a aferrarse y el mar iba a tardar más tiempo en arrancarlo de la tierra.

Decidí volver a casa por la playa, caminando.

Me costó no darme vuelta. Cuando lo hice, la estatua era parte del paisaje. Su brazo parecía saludarme, como si se despidiera. Tal vez era eso lo que había estado haciendo todo el tiempo.

La arena se hundió bajo mis pies y yo imaginé mis huellas.

Luego escuché el mar a mis espaldas, y supe que ya las habría borrado.

BAÑAR UN ELEFANTE

Nunca até a un animal, tampoco lo haría con él. Nos seguiríamos el uno al otro. La distancia es el hilo que se tensa o se distiende. Tendríamos temor de habernos perdido, de que uno de los dos hubiera soltado su punta.

Para llegar al río yo iría adelante, entre las plantas y los árboles. El camino parecería estar ahí pero lo iríamos abriendo.

Yo me daría vuelta para llamarlo con la mirada. Él entendería.

Al pasar, su cuerpo enorme tocaría, arrastraría, haría a un lado, hojas y ramas. Yo escucharía el susurro del roce, el crujir de todo bajo su peso.

La selva crece llenando los huecos, y ahí donde no crece, ya se ocupa el sol de atravesar sus espadas fantasma.

La selva nos dejaría atravesarla.

No nos cruzaríamos con nadie. Y si lo hiciéramos, seguramente me preguntarían su nombre. Yo me reiría y seguiríamos andando. Él dejaría huellas, yo no. Mi andar es casi nada.

Creo que para él yo soy un ser pequeño e inquieto, previsible e incomprensible al mismo tiempo, casi enloquecido, frente al ritmo de él, ese acunarse de ola suave, de hamaca en una siesta de enero.

Antes de llegar oiríamos el agua. El sonido fresco no estaría en los oídos sino en la boca y la garganta. Tal vez entonces él se adelantaría. Y con él al frente yo me sentiría, por un momento, a salvo.

Al llegar a la orilla, el río se desplegaría frente a nosotros, vasto.

Los dos miraríamos el agua y veríamos cada uno algo diferente. Estaría quieta, ella, que a veces arrasa, destruye las cosas y borra las historias.

Yo daría unos pasos con el agua por los tobillos, por las rodillas. Él vendría. Casi saltando, aunque de salto sus movimientos no tendrían más que el esfuerzo y la alegría.

Mis pies se hundirían en el barro. Él movería la cabeza, como negando

y asintiendo.

De repente, se dejaría caer de costado. Todo su peso redondo echado de lado, una pata y una mano en el aire, las otras bajo el agua. Y la risa se me escaparía entonces como si rebalsara. Y sería la risa la que haría que me subiera a esa especie de montaña, escalándolo, torpe.

Él se quedaría muy quieto para que yo no me cayera.

Su suave redondez me redondearía en un abrazo que de tan incompleto no podría llamarse así. Y yo que siempre detesté la palabra felicidad porque me hace decir cosas tontas o falsas, pensaría que si algo nombra es eso: estar echada con las piernas y los brazos abiertos sobre su cuerpo enorme y manso.

Él podría levantarse tan rápidamente como se dejó caer y de un golpe, aplastarme. Yo dejaría de ser al instante.

Pero no. Él permanecería echado, moviendo la trompa, y yo, mis manos, como quien hace en la nieve un ángel. Apoyaría la mejilla en su piel antigua. Cerraría los ojos, intentaría seguir su respiración con la mía.

Después me bajaría como se baja un niño de una mesa o una cama. Y al hacerlo encontraría, a mi altura, su ojo. Un ojo del tamaño de la palma de mi mano, sobre la línea del agua, titilando. La serenidad de su ojo aplacaría mi sangre.

Entonces él se pondría de pie y caminaría para adentrarse en el río. Al entrar, yo sentiría el frío del agua. Me hundiría despacio y nadaría detrás de él, detrás de las islas grises de su lomo y su cabeza.

Nadaríamos con suavidad, estirando el cuello, casi sin romper el espejo del agua.

En un momento las islas de su lomo y su cabeza se encogerían hasta desaparecer.

Los círculos concéntricos que las rodeaban señalarían, de repente, su falta. Él se habría hundido, con lentitud y en silencio.

También los círculos desaparecerían, y entonces yo estaría definitivamente sola.

Los primeros segundos serían de espera. Nadaría en círculos, ¿qué tan lejos podría haber ido alguien tan grande y tan pesado? Mis piernas,

mis ojos, mis manos, atentos. Mis pies buscarían en una especie de tonto pedaleo.

Yo no podría llamarlo porque él no tendría nombre, y entonces lanzaría el grito que no nombra nada.

Un pájaro trazaría una línea recta con su vuelo. La orilla se habría alejado. “Solo siguiéndolo pude haber llegado tan lejos”, pensaría.

Luego vendría esa nada de la que casi estoy hecha: la sensación más mía de todas, la de saberme sola. Y si bien al principio tendría miedo, hasta el miedo se iría.

El agua estaría cada vez más fría.

Mis brazadas apenas conseguirían nada.

Nadaría sin avanzar, un nado como un balbuceo.

Hasta que después del esfuerzo la orilla se acercaría por fin a mí, el barro suave a la planta de mis pies, el aire frío a envolverme de un temblor como el de las hojas del sauce que llora.

Me dejaría caer, vacía.

El día habría dejado de brillar.

Con la cabeza apoyada en la tierra, vería el cielo. De un gris antiguo. Y entonces sabría que todo el cielo no es más que una parte de un gran elefante manso.

Y así, me dejaría dormir.

LAS GRULLAS DE IDEMIZU

Mi padre siempre lee echado en el sillón, tomando el libro por el centro con una sola mano. Siempre hay una taza de té en la pequeña mesa de madera.

Pero hoy no. La mesita está vacía.

Hoy toma una revista con las dos manos y no tiene la espalda en el sillón sino encorvada, con la cabeza inclinada hacia lo que lee.

"¿Qué estás leyendo?", digo. Me mira con tristeza, suspira y dice "Traduzco para vos".

Es un artículo que escribió el maestro Hamawaki Tetsunori de la Escuela Japonesa en Buenos Aires.

"Ese pájaro blanco", dice mi padre. Abre los brazos: es un pájaro grande. "Lindo", dice, y me muestra un dibujo. Es una grulla.

Cuenta el maestro que él es de la región de Idemizu, a donde las grullas van cada año desde Siberia para a irse de nuevo a finales del invierno japonés.

"Son monógamos", dice mi padre, "su grupo básico es macho, hembra y dos crías". Para migrar van muchos y forman escuadras.

Hace correr el dedo sobre los ideogramas y dice que cuando comen nunca dejan de respetar el orden, esperan. Mi padre levanta la vista de la hoja, y me mira por encima de los anteojos. "No como los carnívoros", dice, con el ceño levemente fruncido.

"Las grullas se comportan de un modo que condice con los ideales japoneses, entonces ellos las cobijan y cuidan", traduce.

En Idemizu hay un refugio. Como si fueran jaulas pero abiertas. Allí hay un cuidador que cuenta, a través del maestro Hamawaki, y él a través de mi padre, esta historia.

Cada año llegan varias grullas heridas. La mayoría en las alas y las patas.

"El cuidador dice que vio a un macho echado contra una de las paredes de la jaula. Como arrinconado. Lloraba. Tenía una pata

herida. Frente a él otra grulla gritaba algo que el cuidador podía sentir que decía 'Volvamos a Siberia'".

El tiempo pasó y la pata de la grulla seguía herida.

"Cuando llegó el momento de partir, el cuidador vio algo que dice que no va a olvidar. La herida de la grulla no había sanado y su compañera, frente a él, lloraba. Luego comenzó a gritarle, pero la grulla herida no se podía mover".

"El escuadrón partía. Las demás grullas levantaban vuelo y de a poco iban formando un dibujo en el cielo. Pero estas dos, no".

Mi padre tiene la cabeza caída sobre la hoja. La suelta y se toma una mano con la otra. Los dedos de una mano se enroscan con los de la otra, y él tira, para mostrarme la fuerza que los une.

"El lazo", dice, "lazo de amor". Sé que habla de mi madre. Lo dice en este idioma secreto que hablamos. En este idioma de silencio no hay malos entendidos ni espacios ambiguos. Siempre creí que era parte del idioma japonés. En realidad, no lo sé. Mi padre habla de mi madre en este silencio triste y yo respondo con un silencio piadoso. Mi padre habla de su amor sin decirlo porque el amor es acto o no es.

"El escuadrón partió y la pareja de grullas permaneció en el refugio. Una de las grullas quieta contra un costado. La otra llamándolo. Hasta que finalmente, resignada, levantó vuelo y, sola, partió".

El tiempo siguió como hace siempre, y como hace siempre dibujó un círculo que trajo a las grullas de regreso.

"El cuidador dice que fueron bajando del cielo, entrando al refugio, y una volvió a la jaula de la grulla herida. Pasaron el invierno juntas, y al volver a Siberia al año siguiente, llevaban cría".

Mi padre cierra la revista. La apoya en el sillón de mimbre. Deja caer la mirada.

KUROKOS

Han vuelto. Es extraño. Cuando era niña podía verlos claramente. No es verdad que los kurokos de los niños sean pequeños. Ellos no cambian de tamaño, no crecen. Van, sí, perdiendo la nitidez de sus bordes, la negrura intensa y elegante de sus ropas, esa especie de casaca larga por debajo de la cual asoman anchos pantalones un poco cortos, la negrura perfecta de sus guantes, de su calzado. ¿Por qué se dice "impoluto" solo del blanco? El velo de los kurokos también es negro pero traslúcido, para ver y no ser vistos.

Fue un kuroko quien sostuvo mi bicicleta cuando mis padres aplaudieron que anduviera sin perder el equilibrio, otro, o tal vez el mismo, quien me indicó el camino de regreso ese día que todos recuerdan porque me perdí. No lloraba, dicen. Fue en el bosque Lillo y el sol estaba cayendo.

Puedo saber que sonreían aun sin haber visto nunca sus caras. Yo jugaba con ellos. Creía que todos los niños lo hacíamos, aunque en realidad no pensara nunca en eso. Uno no piensa en lo que cree.

Tal vez es por ellos que fui una niña solitaria. Tal vez gran parte de lo que soy es por ellos.

Después fueron apareciendo cada vez menos y cuando lo hacían su presencia era difusa.

Recuerdo, sí, el gesto suave y amoroso con el que uno colocó el dedo índice debajo del mentón del hombre del que me enamoraría, y apoyando apenas la punta de los dedos enguantados en su mejilla derecha hizo girar su cabeza hacia donde yo estaba, esperando que él me viera. Yo sonreí y el hombre me devolvió la sonrisa. Nunca supo que no era a él a quien yo sonreía.

Ahora que lo pienso tal vez ellos estaban y era yo quien no los veía. Pero podía sentirlos. El día de las sábanas, por ejemplo. Ese es el nombre que lleva en mi memoria un día feliz, e intrascendente como todos mis días felices. Había pasado la temporada de lluvias y yo no había lavado la ropa por varias semanas. Había decidido empezar por las sábanas. Corrí la mediasombra del patio para usar los alambres y ahí colgué todas nuestras sábanas.

Tenía algo de bosque aquello, de laberinto, de nube. Mi hijo, que me llegaba a la cintura, lo notó enseguida y comenzó a andarlo, a recorrer el espacio enorme en el que se había transformado nuestro patio de barrio. Corrimos y nos adivinamos a través de las sábanas y nos sorprendimos riendo al encontrarnos en una de esas esquinas que eran ahora el final de cada hilera de sábanas tendidas.

Sé que ese día había allí uno o varios kurokos. No corrían, sino que miraban el juego. Tal vez lo habían armado para nosotros.

También sé que fue uno de ellos quien cerró los ojos de mi madre. El resto lo hicimos, temblando, nosotros, acomodar su pelo, sus manos cruzadas sobre el pecho. Pero los ojos, los ojos no podíamos tocarlos y fue él quien se ocupó. Lo sé pero no lo vi.

Hacían todo siempre con suavidad y en silencio. Ese es su modo. No hablan: están más allá de las palabras. Se expresan en sus gestos que no son más que las cosas que nos pasan. Han dejado atrás las palabras como quien abandona unas tijeras oxidadas o un balde agujereado.

No son ayudantes ni sirvientes. Hay noches en que mi cabeza cae hacia un costado. Ningún kuroko acomoda mi almohada. Tampoco me tapan. Ellos, sí, arman cada detalle de mis sueños, como los empleados de un teatro que suben y bajan el telón o la escenografía, que la han pintado o construido, que han cosido los trajes, elegido pelucas, adornos, la forma en que las luces caerán sobre las cosas.

Dije que los kurokos pierden los bordes, como si el tiempo los desgastara. A ellos, que no le prestan la menor atención al tiempo… Qué equivocada. Ellos no andan sobre el tiempo como nosotros que pisamos los días como si fueran baldosas. Ellos se enredan con él, se mezclan, como hace el cuerpo con el agua cuando nada o bucea. Pero hablar de agua sugiere cierta imprecisión, y es la precisión lo que está en el corazón de los kurokos, la precisión de lo que es libre: una rama cuando va hacia la luz, un amante cuando va hacia el amado.

Ellos están volviendo. Han recuperado todo lo que hace a su presencia. Su negro es tan intenso que puedo verlos perfectamente de noche aunque no haya luna, aunque esté en mi habitación a oscuras.

Algo me dice que les gusta esta casa, que no les molesta eso que el otro día un vecino llamó “venirse a menos”. Creo que igual que a mí les gusta el río y no les importa que estemos solos días enteros. Me ayudan. Tal vez es por eso que no los veía cuando era joven y fuerte: no los necesitaba o eso creía. Otra cosa que sé es que ellos perdonan,

perdonan todo.

Están conmigo en la casa y frente al río, entre los sauces. Ellos no han envejecido.

En estos días se empeñan en armar ciertos sueños extraños y repetirlos. Creo que descansan en ese espacio que queda a mitad de camino entre la vigilia y el sueño, porque esa franja helada es el único lugar en el que me siento sola.

Pero ahora no importa porque el río está de ese color que no tiene nombre y pasa un barco enorme como un castillo y lento, muy lento, y tapa la otra orilla y casi todo el cielo, y este pasar del barco es todo un acontecimiento que nos divierte un rato.

“Qué van a hacer”, pienso, “qué van a hacer cuando yo no esté”. Cuando no puedan venir al río conmigo y no me acompañen a la casa de regreso y no pongan mi mano en la baranda al subir los cinco escalones hasta la puerta. ¿Qué van a hacer sin recordarme dónde están los anteojos y leer lo que yo leo?

De repente, de pensarlo, me entristezco. De repente, sin pensarlo, me doy cuenta: voy a ser una de ellos.

El gran barco ha terminado de pasar: puedo ver la otra orilla.

SAKURA-GARI*

Si la muerte fuera mala estaríamos rodeados de animales enloquecidos.

RAINER MARIA RILKE

Las dos amamos el silencio, y soy siempre yo, la torpe, la que no puede andar por él sin romperlo, como si fuera una capa de hielo que se resquebraja y se hace ruidos en lugar de trizas. Sakura en cambio no lo rompe, sus pasos y sus saltos caen como los copos de nieve y las superficies los reciben sin oponerse.

Así vino a mí esta mañana, sin romper el silencio. Yo no tardé en hacerlo: calenté agua y puse yerba en el mate, corté fruta y cada movimiento mío se tradujo en una grieta de sonido.

Ella hizo ochos rozándome las piernas. Maulló un saludo o tal vez el pedido de la primera ración de comida.

Después de comer un poco volvió a mirarme y me preguntó si yo estaba bien. Hacía mucho tiempo que no me hablaba.

Me sugirió algo acerca del pasto e insistió en que debía probarlo, a lo que finalmente respondí que yo era así, que mi gesto no tenía que ver con ningún malestar físico sino con mi espíritu nostálgico, tal vez melancólico.

Ella preguntó qué era “nostálgico” y me quedé pensando.

Finalmente le dije que se trataba de extrañar el pasado.

Pegó un salto silencioso del piso a la mesa y dijo, mientras se acercaba, sinuosa como es ella, “¿Qué es pasado?”.

“Cuando salís de la casa y vas al fondo, a trepar el liquidámbar y aquella pared, la casa es el pasado, cuando saltás a la pared, el jardín es el pasado”.

Hizo un sonido suave, una eme larga, pasando el costado de su cuerpo contra el frasco de vidrio azul en el que guardo el té. Seguramente pensó que si era así, yo debía, simplemente, volver al pasado, como ella volvería del jardín a la casa si quisiera.

Se acercó y se sentó en el triángulo dorado de sol sobre la mesa, junto a la pava. Yo seguí pensando cómo explicar mi espíritu, su melancolía.

Pensé y no dije que el espacio se parece a la tierra y el tiempo al aire y que no puedo volver al aire que acaba de entrar cuando abrí la ventana.

“Es como si al salir al jardín dejaras las patas dentro de la casa”, dijo.

Sonreí.

Según esa imagen, yo tenía las patas en el pasado y las manos en el mañana. Solo el torso con sus vísceras y sus miserias, en el presente, incómodo.

“Sí”, dije, “las manos en el miedo a perder”.

“¿Qué es perder?”, dijo ella estirándose.

“Es no tener”.

“¿Qué es tener?”, dijo, estirada al sol.

“Es una forma de poder sobre las cosas”.

“Tomarlas”, dijo y se volvió sobre su lomo.

“Tomarlas… o más bien disfrutarlas”, dije.

Desde ese punto de vista, pensé, ella tenía todo, disfrutaba cada cosa.

“El tema no es lo que tenemos sino lo que no tenemos”, agregué.

Vi cómo se le erizaba el pelo, ahí en la línea negra del lomo que luego se derrama en líneas verticales que caen por sus costados simétricos.

El tema, me repetí, es lo que no tenemos.

También era todo lo que ella no tenía.

Como siempre: ella no iba a ver cuál era el problema.

“El problema, dicen, es lo que queremos”, agregué y eché un hilo de agua sobre la yerba, en el mate.

Ella me miró y dijo “Querer es el hambre, lo recuerdo”, y se puso en posición de ataque, haciendo pequeñísimos movimientos con sus patas

traseras.

“Sí, y hay quienes creen que lo ideal es no tener hambre nunca”.

Ella miró la heladera y sentí que me acusaba.

“Satisfacer un hambre genera otro, Saku”, dije en mi defensa.

Ella entrecerró los ojos un poco y miró hacia el otro lado.

El riesgo de nuestras conversaciones era que ella perdiera el interés. Cuando esto ocurría, simplemente se lamía una pata o maullaba: dejaba de hablar.

Era claro que la idea de no satisfacer el hambre no le resultaba interesante. Intenté continuar. “¿Es mejor el hambre o la comida?”, improvisé.

Ella entreabrió un poco los ojos que ya había cerrado. Parpadeó. “Lo mejor ocurre entre las dos”, dijo lamiéndose una pata.

Si no tuviera más hambre, pensé, se quedaría en ese lugar. La imaginé echada, como ahora, en ese lugar perfecto de no deseo, tan de Dios.

Pensé en mí, mi vida, corriendo detrás de cosas que no quiero. Pero era demasiado obvio para decírselo a ella. Ya habíamos hablado una vez acerca del dinero. La pena que sintió por mí aquella vez me hizo jurar que no iba a volver a ponerme tan en evidencia en frente suyo.

“Lo que ocurre cuando comiste”, dije, “se parece a la muerte”.

“Entonces”, dijo, “la muerte es buena”.

No tenía forma de desmentir aquello y dejé en el aire un inaudible “No creo” y le acaricié la cabeza. Ella se arqueó para prolongar la caricia por su cuello.

“Lo que ocurre entre las dos”, había dicho ella. Lo que le gustaba era esa especie de jardín entre el deseo y la satisfacción.

Sin darme cuenta, estaba acariciándole el lomo y ella ronroneaba estirada sobre la mesa.

Recordé el cuento en el que un hombre que sufre un accidente doméstico va al campo y acepta batirse a duelo a cuchillo con unos gauchos. Ese hombre, que nunca ha usado un cuchillo para pelear, camino al campo, acaricia un gato que vive en la eternidad del

instante.

Con la mano izquierda eché agua al mate, y di dos sorbos en silencio.

El motor del ronroneo temblaba en mis dedos y en mis dedos hubo algo de esa eternidad.

El sol se había ido moviendo de la mesa y ya no entraba en la cocina. Pensé que los sábados mi vida se parecía a la de ella: tengo mínimos rituales de acicalamiento como darme un baño largo, honrar la higiene o intentar alguna forma de cuidado personal. A veces simplemente me miro al espejo. Es una ceremonia que suele tener dos partes: una primera en la que veo mi imagen y otra en la que veo mi mirada y el extraño juego de compensaciones que se ha dado entre las dos. Cuanto más se hace necesaria, más compasión hay en mi mirada. O no: la medida no es la necesaria, es mayor. La compasión supera aquello que viene a perdonar, a esa especie de cansancio en mis mejillas, en el entrecejo, alrededor de mis ojos. Lo que llamo compasión en mi mirada es lo que antes habría llamado conformismo o hasta abandono. ¿Quién de las dos tiene razón, la que fui o la que soy?

Intenté mirarme a través de los ojos de Saku: me veía igual, un poco más lenta tal vez, más gruesa, más calma. Debía verme como el árbol del fondo cuando cambia el color de sus hojas o las pierde.

Además de rituales, los sábados a veces hay celebraciones. Momentos de brillo que veo ascender, expandirse en el cielo, hacerme feliz, apagarse. Mi hijo, un par de amigos, mi vecina de al lado.

Saku tiene un amigo, o tal vez varios. Tuvo o tiene padres y cachorros. Ha recibido de unos y les ha dado a los otros lo que debía, y luego, con elegancia y sin pena, los ha dejado atrás, como hace el otoño con el verano.

Los cachorros nacieron en el baldío de al lado. Nunca los vi. Ella subía y bajaba por el liquidámbar. La vi preñada, luego dejó de venir, y al tiempo regresó, muy delgada. No sé cuándo empezó a pasar más tiempo aquí que al lado. Tampoco sé qué pasó con sus pequeños. Sé tanto de ella como ella de mí.

O tal vez sé tanto de ella como de mí. Mis pequeños, qué pasó con ellos podría preguntarme ella y yo podría darle una respuesta pobre, quiero decir, parecida a la que ella podría darme acerca de sus cachorros en el baldío. “Hicieron su vida”, tal vez diría ella o yo.

¿Habrá tenido amores? Seguramente. Han pasado, como los míos. Tal vez no tenemos más que el presente, pero esa es una idea más de ella que mía.

Se estiró y abrió apenas los ojos, con destellos dorados. Volvió a cerrarlos, siguió durmiendo.

Después de un rato se estiró y me preguntó por qué quería hablar de la muerte.

Le respondí que cuando se habla de eso no hay mentiras.

“¿Qué es una mentira?”, dijo.

“Es como cuando vas a atrapar un pájaro y te escondés entre el pasto. Mentir es como esconderse”, dije.

“Mentir es divertido entonces”, dijo y se dio vuelta sobre el lomo.

De nuevo yo me veía en una esquina del laberinto de nuestras conversaciones: si mentir era divertido, hablar de la muerte no lo era.

“Hablar de la muerte también es divertido”, dije, “hay más riesgo”.

Hizo un sonido largo, maullido a medias.

“Y esto que hablamos”, dijo, “¿vas a escribirlo?”.

“No creo”, dije, “no tiene tensión”. Y antes de que ella preguntara agregué, “la tensión es como cuando intentás atrapar un pájaro: no sé si vas a lograrlo o no, entonces me quedo mirándote”.

“Entiendo”, dijo, “no hay tensión porque sabemos: nosotras no vamos a morirnos”.

Sonreí. No quería decirle que un día iba a ser un pequeño tigre frío y yo la iba a enterrar en ese mismo jardín, en una caja de zapatos, que no iba a cazar más, ni a trepar el liquidámbar del fondo ni los álamos por los que sube al balcón. Tampoco quise decirle que tal vez antes yo no iba a abrirle las puertas ni las ventanas ni iba a servirle el alimento ni el agua en sus platitos morados, que no iba a escuchar más mi voz diciendo su nombre.

Y tal vez porque yo me quedé muy callada o porque un viento suave agitó los álamos como si preguntara, ella siguió hablando.

Explicó, con esa voz tan suave y tan llena de matices que ningún

humano podría imitar, que ella no iba a morir.

Al principio continué sonriendo: creía saber algo que ella ignoraba, como si yo hubiera estado en un lugar más alto y hubiera podido ver más lejos.

Pero ella siguió hablando y me di cuenta de que se sentía o creía ser, o debería decir que ella era, parte del jardín, parte del liquidámbar y de los álamos, parte de las hormigas y los cascarudos, las babosas y caracoles y grillos y cigarras, de la noche y del día como eso que giraba envolviéndonos. Las estrellas eran parte de ella como lo eran las líneas negras que salen egipcias del rabillo de sus ojos verdes, dorados. La brisa, la luna, el barro. Ella es una parte y eso la hace ser el jardín entero y el baldío de al lado y el barrio y el mundo alrededor y todos los otros gatos que son y que fueron.

Cuando entendí, dejé de sonreír.

Apoyé mi cabeza junto a ella, sentí el sol, y dije, más clara y más tranquila, más parecida a ella:

“Yo tampoco voy a morir, Saku. Claro que no”.

* “Gari” significa cazar y “sakura” es la flor del cerezo. Una posible traducción sería algo así como salir a cazar flores de cerezo, o sea, pasear buscándolas.

Table of Contents

Cover Page
Dedicatoria
Sola
El mono
La pregunta de Rawson
La garza
Leiva
Renata
Augusto
El baño
Herencia
Las despedidas
Olsen y Vargas
Lugares buenos
Muertos los ojos
Los ensayos
I
II
La estatua y el mar
Bañar un elefante
Las grullas de Idemizu
Kurokos
Sakura-gari